

NUESTRO TEATRO



Revista Quincenal de Crítica y Producciones Teatrales

Dirección y Administración: TALCAHUANO 429

AÑO I

Buenos Aires, Febrero 1º de 1914

Núm. 9



ALMAFUERTE

DRAMA

EN TRES ACTOS y EN PROSA

ORIGINAL DE

Salvadora Medina Onrubia

Estrenado en el
Teatro APOLO
en Enero de 1914

Nuestro Teatro

Agencia en Montevideo:
DUPONT, ROS & Cía.
Perez Castellanos 1482

PRECIOS de SUSCRIPCION

Número suelto	\$ 0.20
Fuera de la Capital	> 0.30
Atrasado	> 0.50
Semestre	> 2.50
Año	> 5.00
Para el Exterior el aumento del Franqueo. :: Pago adelantado	

OFICINAS: TALCAHUANO 429

SANTIAGO LOCASCIO-Director
Bautista FUEYO-Administrador

En Rosario de Santa Fé:
JUAN PUJOL
San Luis 1286

Terrer y Nakens

Por EDUARDO G. GILIMON. Crónica del Proceso incoado con motivo del
hecho de Mateo Morral, un tomo ilustrado de 176 páginas \$ 0.80

Rapsodias Paganas

Por Vicente MARTINEZ CUITIÑO. Un tomo de poesías revolucionarias . \$ 0.50

¿Estoy Sano ó enfermo?

PIEDRA DE TOQUE PARA TCDOS. Por LUIS KUHNE \$ 0.50

El Contraste Social

Por ENRIQUE GARCIA. Folleto de palpitante actualidad \$ 0.15

VERDAD DESNUDA

Por VICTOR SAMMARTINO. Obra Matemático-Filosófico, anticatólica, anti-
materialista é independiente, revolucionaria en el campo de la poesía y
precursora de una gran revolución en el campo de las ciencias geográfico-
astronómicas y derivadas. Un tomo de 144 páginas \$ 0.50

LIQUIDACION

de la magnífica **“Obra Ideal de la Mujer”**

Que trata: BELLEZA, LOS MIL SECRETOS PARA OBTENERLA
Y CONSEVARLA :: MEDICINA :: ARTE DE CUIDAR ENFERMOS
GUIA MATERNA :: EL ARTE DE AGRADAR Y DEL BUEN
GUSTO :: EL ARTE DE SER-AMADA :: ELEGANTE :: SOCIAL ETC.

ANTES 2 \$ AHORA \$ 1.00

TALCAHUANO 429 — BUENOS AIRES

"Nuestro Teatro"

Revista Quincenal de Crítica y Producciones Teatrales

SANTIAGO LOCASCIO
Director

BAUTISTA FUEYO
Administrador

Dirección y Administración:

429 - TALCAHUANO - 429

AÑO I

Buenos Aires. Febrero 1° de 1914

Núm. 9

Nuestras



Artistas

A Maria Sámez

Como mujer de carne, eres hermosa,
Y llevas luz de ingenuidad en los ojos...
Es tu audacia infantil, en los antojos
de "Chocolaterita" tan graciosa...
Cuando forjas un alma de amorosa,
eres buena, eres bella... Si despojos
de una vida, tus gestos son tan rojos,
tan enorme tu fuerza dolorosa!...
Por sobre tú belleza, tú talento
potente y solo tuyo, yo lo siento
en la fuerza invencible del realismo.
Que le das á mi Elisa y á su historia...
Vibra encarnado en ti, vibra de gloria
ese grito triunfal de mi anarquismo!...

Salvadora MEDINA ONRUBIA.

ALMAFUERTE

DRAMA en TRES ACTOS y en PROSA

Original de Salvadora MEDINA ON UBIA

Estrenado en el "TEATRO APOLO" por la Compañía GÁMEZ-ROSICH
en la noche del 10 Enero de 1914

PERSONAJES

DON MAURICIO. — Criollo viejo empleado de muchos años en una fábrica.

DOÑA MARIANA. — Criolla-buenota y simple, planchadora.

GURISA. — 16 años, flaquita arruinada que ayuda á planchar.

JULIA. — 18 años, frescota linda, que lleva el cargo de la casa.

ELISA. — 20 años, costurera de fino.

ARTURO. — obrero inteligente de ideas avanzadas.

DOÑA BRAULIA. — Encargada del conventillo, también planchadora

DOÑA PETRONA otra vecina.

Vecinos y vecinas

La acción en uu conventillo del centro de Buenos Aires. — Época actual

Salvadora

Oh! si los malos supieran lo feliz que es el bueno, se harían buenos, aunque fuera por maldad y por egoísmo. — "Almafuerte"

Su nombre propio es un símbolo: el símbolo de la bondad y de la belleza íntima.

La artista es apenas una niña. Una niña que conoce de la vida la tristeza de vivir.

Sus cantos son hondas elegías. Cantos lastimeros. Cantos de un alma amoldada al dolor de los míseros y de los deshechos.

Es un corazón bueno y dolorido. No odia con la fuerte pasión del macho encallecido en el dolor de los vencidos. Odia con amor y con lampos virginales y bondadosos.

Todos los hombres son buenos, mas no todos son felices, porque el ideal no ha alumbrado la frente de los provecos. El ideal ilumina á la niña y hace desparramar, á manos llenas, las piedras preciosas de su profunda mina de exquisiteces infinitas.

Sus versos son destellos de luz, destellos lúcidos que manan de un alma tierna y apasionada.

Sus cantos son los cantos de vidas que muer-

ren y que renacen. Renacen para

"...Una larga dicha serena"

que "la siento en la carne como una pena"

"y mi alma, hecha suspiro, va hacia (1)
[sus ojos...]"

Su nombre propio es un símbolo. El símbolo de la humana regeneración.

Nació así, tal como es, como su nombre lo indica.

No conoció en su vida mas que la tristeza de los despojados, y á ellos acudió para truecar la tristeza en alegría, la debilidad en fuerza, el odio en amor.

Esclama: "Solo los fuertes saben querer y solo los que quieren son fuertes".

Elisa, la protagonista de "Almafuerte", la triste niña, la débil criatura, la que odia por condición propia, llega á ser la dichosa y fuerte por el bálsamo sublime del amor, y aunque vencida después, sigue amando con el mismo encanto del primer sueño de amor.

Vencida sí, pero para no llorar más, para vivir, para luchar y para seguir amando.

Su drama es todo el drama de la vida de hoy.

¿Defectos? Odio á los críticos por estar convencido de su impotencia mental, por eso, en arte, no sirvo para crítico de obra ajena; soy mas bien un panegirista. Me gusta más admirar que blasfemar.

La admiración es una bondad, y yo, como Salvadora, quiero mas bien ser bueno, porque sólo los buenos pueden amar, y los que aman son fuertes, son los poseedores del Ideal que engrandece y regenera.

¿Que sería la vida sin ideales? Cálculo, in-mundo cálculo. Aburrimiento. Muerte prematura. Amasijo insustancial de pútrida materia.

Salvadora, es una estrella que aparece por arte mágico en el horripilante horizonte de tinieblas que nos cubre.

Abrid los ojos todos, oh, mohicanos del mundo. Abrid los ojos y mirad la estrella. Alumbráos en sus ojos, porque ella:

"Al sentir sobre el alma su mirada serena"

"me siento enteramente y para siempre [buena]"

"quiero, para sus ojos, ser la más bella"

"que mi alma luminosa cual luz de es- [trella]"

"endulza, floreciéndolos, mis labios rojos"

"y así, — como dos sueños — besar sus (ojos)". (2)

Haced que el beso de la dulce poetisa sea eterno, porque él endulzará vuestra vida y alimentará noblemente el fruto de vuestros amores.

Ese fruto es la humanidad que nace. Salvadora, como un símbolo, será la madre generosa de un futuro grande y hondo.

Y cual Hada misteriosa, embalsamará el ámbito del inmenso y vasto jardín de una humanidad fuerte y buena.

Santiago LOCASCIO.

Buenos Aires, Enero 27 de 1914

(1) Versos sueltos de S. M. Onrubia.

(2) Idem.

ACTO I — La Dichosa

Representa la escena un comedorcito modesto, pero limpio, arreglado con cuadritos, flores, reloj, lámpara de colgar. Al fondo un aparadorcito arreglado, la mesa con carpeta. Delante de la escena á la izquierda del espectador la mesa de plancha, en medio la máquina de calentar las planchas y á la derecha la máquina de coser. Al levantarse el telón, Elisa sentada en la máquina cose, atareada, ropa blanca. Doña Mariana y la Gurisa planchan cada una á un lado de la mesa. Por todos lados hay en la pieza altos de ropa planchada, canastos grandes.

Debe procurar darse una sensación de bienestar, cariño, comodidad. Una casa muy feliz donde todos se quieren, donde todos trabajan, donde hay paz y alegría.

Los trajes adecuados. La Gurisa un saquito para sacárselo en momento oportuno y Elisa muy arreglada, coqueta, como que es muy querida, de rosa, con una pañoleta grande, un delan-

talito bonito. Doña Braulia debe tener un poco de bigote.

ESCENA I

Elisa Doña Mariana y la Gurisa, Después Julia y después Doña Braulia

(La Gurisa quitándose el saco sofocada se queda solo con la blusita blanca. Se estira cansada).

Gur.—P,cha digo...! que calor hace! Yo ya no puedo más...

El.—Vos siempre te ahogás de calor ó estás temblando de frío..... No sé que tenés...

Gur.— Que tengo?... Te pondría yo á vos á planchar todo el día y verías si no te daba calor, y si más después, cuando dejaras las planchas no te daba frío...

El.—Calor...! Hoy me parece que ni meti-ja adentro del brasero me daba calor á mí... Que días tremendos! Ni un rayito de sol siquiera para alegrarlo un poco á uno, y este viento que parece cuchillo como corta las carnes.—Tengo heladas las manos, y de duros los dedos que no puedo agarrar la aguja.—Que frío bárbaro! (*acerca las manos al brasero*).

D. Mar.—Mira Gurisa; ponete el saco, querés?, que te puede hacer mal desabrigarte, y más con esa tos de perro que tenés hace días.

Gur.—Pero, si me ahogo de calor mamá...

D. Mar.—Ponételo, te digo, que te vas á enfriar. (*No se lo pone la chica, porque entra Julia con la torta, en la fuente y se acerca a la máquina á enseñársela á Elisa. — Las otras la rodean*).

Julia.— (*Entrando*) Miren de linda que salió la torta. Mirá ché, Elisa, que el huevo y la azúcar arriba parece oro... que rica!

D. Mar.—Y que olorcito que tiene! Hoy se ha cocido bien.

Gur.—Si dan ganas de tocarla y chuparse los dedos. — Cortala y dame un pedacito ahora. Querés!

El.—No señor, no la partás hasta que venga tata.

Gur.—Tata eh? Es por tata... por Arturo no.

Elisa.—Bueno, Arturo también: y qué?... Vos che Julia tené caliente el agua del mate, y el café de nosotros que han de llegar los pobres con un frío!

Gur.—El café de Vds... No sé si porque el señor Arturo no toma mate no has de tomar vos como los demás...

Elisa.—Porque no me gusta y ya está.... cuando menos á vos te importa mucho. (*Tose la Gurisa sin poder contestar*).

D. Mar.—Pero Julia! Andá cerrá esa puerta... parece que tenés cola... mire un poco pasar y dejar la puerta abierta con este viento y con este frío y una planchando acalorada adentro. Ni que tuvieras miedo de apretarte el rabo.... Anda cerrala. Y vos Gurisa ponete el sa-

co, que parece hicieras adrede esos desarreglos.

Gur.—Si que me lo pongo, sí. (*estremeciéndose*). Me ha dado una cosa como un frío. (*Julia desde la puerta qué fué á cerrar, grita. Ahí viene su comadre mamá.....Muchachas aprontense! (A la qué entrá).* Como le vá Doña Braulia?... pase, pase.... aquí las tiene trabajando.

Doña Braulia.—Buenas tardes gente... Qué tal?... Atareadas como siempre?.

Todas.—Buenas, Doña Braulia.

D. Mar.—Tanto bueno por acá, que milagro se acordó de las vecinas. (*Julia, que cerrando la puerta, vino detrás de ella le ofrece una silla.*)

Julia.—Tome, siéntese.

Doña Braulia.—Gracias, hija, nos sentaremos á conversar un poco. (*viene fumando uno de hoja; al sentarse escupe. Julia se sienta también*). Fijese comadre estaba planchando y de repente me viene como un ímpetu, dejo las planchas y digo: Voy á ver que les pasa á las de mi comadre que están tan encerradas. A ver si se las ha comido alguien que ni en el patio las he visto. (*Escupe*).

Julia despacio á Elisa:—Esta porquería de vieja bigotuda viene por el interés de la torta, pero se embroma, que hoy no la parto por ella.

Elisa.—Callate estúpida.

D. Mar.—Muchas gracias doña Braulia por el interés, pero ya ve que estamos lo más bien. Nos encerramos á trabajar, porque con estos días solamente la necesidad lo hace salir á uno al patio... Que manera de hacer frío! verdad?

Julia.—Bromeando. Y á Vd. cuando menos que la corre alguno para que salga.

Doña Braulia.—Pero es loca esta Julia! No hija, nadie me corre; pero es así mi genio. Para que voy á decir otra cosa. Yo no tengo sosiego en un lado todo el día. A mi me gusta pasear, visitar un poco los vecinos, coaversar con las amistades... Uno es así, suciable... (*escupe*).

Julia (con intención).—Sí, que así, es la gente sucia...ble.

Elisa—á Julia. Tirándole de la manga:) Callate, te digo...

Doña Braulia.—Siempre trabajando Uds., eh? Que cosa matadora ese trabajo de las planchas. Yo reciencito les dejo porque ya no podía más. Desde la mañana que estaba dele y dele... Me queda todavía un montón de ropa que era de apuro para hoy; pero que se embrome la patrona; que bastantes veces tengo que esperar yo también á que me pague. Eso sí. A mi, no ha nacido rico que me ponga la ley... El día que no tengo ganas de trabajar,—ni aunque me den oro, (*escupe*) ni aunque me den una carretada de oro, nuevo este dedo, (*escupe*).

Gur.—Dichosa de Ud. (*deja la plancha y vuelve á estirarse*). Ay! ya lo creo, que es dichosa; yo, hoy, lo que quisiera es estar durmiendo, y acá me tiene...desde la siete de la mañana que estamos planchando y yo... Ya me duelen las espaldas...

D. Mar.—Y que le vamos á hacer hija, tené paciencia; ya nos queda poquito, y bien sabes que me gusta dejar entregada toda la ropa al fin de la semana.

Gur.—Si yo no digo nada, si es mejor que acabemos hoy. Pero yo estoy de las espaldas que no puedo más... No se que diablo me pasa que lo que nunca, me ha dado por cansarme. Solo quisiera pasármelo acostada nomás... una haraganería!...

Doña Braulia.—Ha de ser porque estás tan flaca, hija, y de resfriada y de ronca que da gusto... Porque no te tomás esta noche un ponchecito para entonar el pecho... y sudás: sabes? y se te va el resfrió... estás enteramente arruinada vos... (*escupe*).

D. Mar.—Eso le quiero hacer yo; pero la señorita no quiere saber nada de ningún remedio; y ya le he dicho, que si mañana está así que ni se sueñe de ir al baile, ella ya sabe.

Gur.—No se que culpa tengo yo de estar resfriada para que no me deje ir.

Doña Braulia.—Sí, hija, que te va á hacer un resfrió. No te va á impedir de bailar, no Y que ha de dar gusto ir á las fiestas de esa sociedad, tan seria que es, eh?... No es como otras sociedades que son un loquero... Me han dicho que van á hacer unas cosas de teatro lindísimas y unos cantos...

Julia.—Si que van á ser bien lindas. La Elisa va á cantar con la guitarra unos versos que hizo Arturo.

Doña Braulia.—Endeveras m'hija?... Y hacés bien, porque tenés una voz! Y tu novio, que dice él que te mezquina tanto? (*escupe*).

Elisa.—Y que quiere que diga? El los hizo á los versos, y como es el secretario de la sociedad.

Doña Braulia.—Ah! sí, hija; no me acordaba. Y á propósito... no me podrías conseguir vos por él unas tarjetitas para ir á verte? No es por el baile, sabés? que esas son cosas de muchachas. Es por eso del teatro que me gusta tanto... Y además, por verte á vos, que da gusto oírte cantar.

No sos, no, como la María chica de mi comadre, que cuando canta da ganas de darle un pedazo de pan para que se calle... ó sino, de echarle un balde agua fría, que hace unos gritos igual que gallina clueca. (*escupe*)

Julia.—Ya está usted siempre criticando.

Doña Braulia.—Pero sos loca, muchacha... Cuando me has sentido criticar á nadie... Lo que hay es que digo las cosas como son nomás, porque á mí, á franca no me gana nadie... eso sí. (*escupe. A Elisa*): Ché, y vos has costurado mucho aprontando las paqueterías para la noche del baile?

D. Mar.—Dígales que le muestren los trajes que se han aprontado... que se los muestren...

Doña Braulia.—Otra vez de estreno! traigan

esas paqueterías para recrear los ojos...

Elisa. — Pero mamá, á que le dice de los vestidos? Andá, Julia, traelos....

Doña Braulia. — Ya estás, mezquinándolos, picara...

Elisa. — No, doña Braulia, no los mezquino... No son ninguna novedad, por eso... Ya ve, Julia y yo tenemos los de siempre, el que es nuevo es el de la Gurisa...

Gur. — (*Dejando la plancha y acercándose*): Y va á ver que lindo... todo de pura seda y con adornos de vidrio... mas paquete!. Pero andá Julia, pues, traelo... (*sale Julia de mala gana*).

Doña Braulia. — Siempre paquetas ustedes, eh? Eso digo yo que á las hijas de mi compadre Mauricio no hay quien las gane en los arreglos.

Elisa. — No tanto, lo que hay es que yo como se coser...

Doña Braulia. — Qué hija! Salí de ahí... otras saben coser también... es que ustedes tienen, y...

D. Mar. — Que vamos á tener... Lo que hay es que somos tantos á trabajar que algo pueden gastar las muchachas en darse un gusto.

Doña Braulia. — Eso digo yo, no hay como poder darse un gusto para estar contento. Créanme, muchachas, que cuando una se ve de pobre que no puede comprar ni un trapo... hasta las ganas de trabajar se le quitan.

(*Pausa*) (*Julia entra con un vestido rosa que va á poner sobre la mesa. Doña Braulia se levanta y lo agarra*):

Doña Braulia. — Acá llegó la mezquina con los vestidos. A ver ché, traé, (*Lo mira por todos lados*).

Gur. — Ha visto? Mire; fijese en el mío... (*lo agarra para enseñárselo mejor*) No le dije que era de pura seda y con fleco de vidrio. También tenemos zapatos nuevos las tres.

Doña Braulia. — Zapatos también; Ay, mi Dios! Bueno, sin zapatos aparentes no lucen los vestidos... Traelo, hija, para verlo bien. (*Vuelve á mirar también este hasta por el revés*).

Pero, ché, hasta el forro es de seda... que cosa divina! Pero mirá estos flecos. Ay! Jesús mi Dios! Pero ché, mocosa: de donde te has escarbado, vos, para tanto lujo?

Elisa. — Que va á ser lujo, Doña Braulia. Este es el vestido rosado aquel que le estaba haciendo para la señorita rubia de la calle Ayacucho, se acuerda? Se lo saqué chico, y como tuvo que hacer otro; le arreglé ese para la Gurisa.

Doña Braulia. — Pero, hija!... que zonza!... te lo hubiera dejado para vos y le arreglabas el tuyo á la chiquilina.

Elisa. — No, como es el primer vestido largo que se va á poner...

Doña Braulia. — Ah? y vos también de vestido largo ya... Bueno, que tenés años, solamente que sos arruinadita...

Julia. — (*Aparte á Elisa*): Pero que vieja más asquerosa es esta.

Elisa. — Callate, no seas bruta.

Doña Braulia. — (*Devolviendo el vestido á la Gurisa, que encantada se aleja á mirarlo por todos lados. A Elisa*): Y para cuando es lo bueno, ché? Porque creo que no te olvidarás de las amigas y que nos tocarán á todas las masitas.

Elisa. — Falta mucho todavía... más de tres meses.

Doña Braulia. — Y va á ser linda la fiesta eh? Ustedes que pueden...

D. Mar. — No, no crea... que fiesta... nada, entre nosotros nomás, en silencio...

Doña Braulia. — Pero, que egoistas!... siempre son así ustedes, para estas cosas... parece que no nos quieren participar de su alegría á los demás.

En fin... cada uno hace las cosas á su gusto, no? Son tan distintos para todo los pareceres de la gente... (*A Elisa*): Ya estarás aprontándote la ropa, vos, hija, y seguro que ha de ser más linda y más paquete que la de cualquier rica, no?

Elisa. — No tanto, no exagere... Arregladita y abundante nomás... No tengo tiempo tampoco con la costura ajena; sino sería otra cosa... Mire, esto que estoy haciendo ahora, es para mí. (*Le pasa un corpiño*).

Doña Braulia. — Ay m'hija!... que cosa más linda! Pero si es una espuma; si es de puro hilo! y que puntillas. Jesús, mi Dios, que cosa más linda!

Elisa. — Mire lo demás. (*Le pasa las otras prendas del juego, ya dobladas*).

Doña Braulia. — Pero que esplendidez, ché! Me parece que es la ropa más linda que has hecho nunca.

Elisa. — Ese es el mas paquete... me falta pasarle la cinta todavía, ve? Esta rosada.

Doña Braulia. — Es divino, ché. Seguramente que este es el que te vas á estrenar ese día. No picarona? (*Bajan un poco la voz para seguir hablando*). (*Julia y la Gurisa están todavía mirando los vestidos*).

D. Mar. — Ché, Gurisa, sirvengüenza, que has dejado la plancha, vení ligerito para acá á acabar.

Gur. — Ay! mamá, espere*un rato, estoy cansada.

Julia. — Mirá... lleva los vestidos adentro que yo voy á agarrar la plancha hasta que vengan ellos.

Gur. — Bueno, bueno. (*Sale con el vestido despacito, mirándolo mucho*). (*Julia va á seguir planchando*)

D. Braulia. — (*Alzando la voz*) que no vas á hablar con tu novio del lugar donde se van á casar... Ha de ser por el civil, nomás, solamente que no querés decir... Y como es eso, que no le ponés cintas blancas al juego de casamiento?

Elisa. — ¿Blancas? — No he pensado, ¿para

qué? — A Arturo le gusta tanto el color rosa!
(*Le toma la ropa y se levanta á ponerla sobre la mesa*).

D. Braul. — (*Sola*). Con seguridad que esta judía no se casa por la iglesia. Con toda seguridad que ese judío no se quiere casar por ningún lado. ¡Uff!! Eso de no ponerle cintas blancas al juego de casamiento no me gusta, no, no me gusta.

Elisa. — (*Volviendo y sentándose*). Pero esa Gurisa... se perdió con el vestido. Seguro que se lo está probando... ¡qué chica!... En cuanto tiene un ratito ya dispara al espejo á probárselo.

El día del baile ya lo tiene viejo.

D. Braul. — Pero, hija, ahora que hablás del baile... Mirá, vos no te vayas á resentir, pero quiero contarte una cosa que me han dicho...

Elisa. — ¿Y qué le han dicho doña Braulia?... ¿algo malo de mí?... no será novedad.

D. Braul. — No hija, de vos no se que nadie tenga que decir nada. Es de la sociedad.

Elisa. — ¿De la sociedad? ¿De cual?

D. Braulia. — Hija, de esa sociedad de tu novio y de tu padre y de todos los de la fábrica. Como los obreros nunca se juntan para cosa buena; lo que los ven de tanta reunión y tanta fiesta; andan diciendo de por todo que esas fiestas son pretexto para reuniones y que tratan de una punta de cosas de anarquistas y que esa es una sociedad mala.

Elisa. — Mala, ¿por qué?

(*Las otras dejan las planchas y atienden*).

D. Braulia. — Porque es de anarquistas, hija... de esos desalmados, asesinos que lo único que quieren es degollar la gente y voltear iglesias como si tuvieran pacto hecho con el diablo.

Elisa. — (*Riendo, nerviosa*). — No, mujer... no diga esos disparates... ¿qué sabe usted lo que son los anarquistas?...

D. Braulia. — Que no querés que sepa m'hija. De muy buena fuente, se que son unos salvajes que quieren acabar el mundo matando gente y deshaciéndolo todo... que no son capaz de querer ni á su padre, que son unos ladrones que todo lo quieren para ellos. Y fijate, si será mala la gente que dicen por todo que esa es una sociedad de anarquistas... y como saben que yo tengo tanta relación con ustedes, me preguntaron si yo sabía lo que había de verdad en eso...

Elisa. — Y usted, ¿que les dijo?

D. Braulia. — Y que querías hija que les dijera? Me callé nomás... Como tu novio anda metido ahí, y... vos no tenés porque resentirte, ¿eh?... pero yo se que él es medio... así... En fin, yo no me animé á defenderlo ¿sabés?... y les dije que te iba á preguntar á vos...

Elisa. — Y por eso me dice, no?

D. Braulia. — Claro hija, que por eso.

Elisa. — Bueno, escuche... Digale á esos canallas, á esos idiotas que se ocupan de lo que no les importa, que yo, Elisa, digo: que cuando se juntan los pobres obreros, no es para matar

á nadie, ni para hablar de nadie, sino para, aunque trabajen, poder tener un rato tranquilo y divertido, para ayudarse un poco ya que son pobres y para procurar darles un poco de educación á los hijos y que no sean esclavos como ellos. Que si piden algo... están en su derecho de hombres, y lo piden porque trabajan, y aunque pobres, también tienen familia para la que buscan un poquito de tranquilidad y dicha á la que tienen derecho porque son hombres y porque trabajan; y dígales, que si todos los anarquistas son como mi novio, para que fuera bueno el mundo y felices las mujeres debían ser anarquistas todos los hombres.

D. Braulia. — Pero m'hija... si no te lo he dicho para que te enojés... Si era una conversación nomás.

Elisa. — Si yo no me enojo... parece que no sabe que en toda mi vida no me he enojado yo una sola vez... usted, me dice una cosa y yo se la contesto... No decía que me iba á preguntar á mí?

D. Braulia. — Si hija, tenés razón... si yo digo que tenés razón, quien los mete á hablar de lo que no les importa.

Elisa. — No es nada que hablen, déjelos... de algo se tienen que ocupar... (*á Julia*). Vos, ché, Julia... Querés ir aprotando todo que ya van á ser las cinco y llegarán los pobres con tanto frío. Traete el agua del mate y el café de Arturo acá al brasero. (*Julia deja la plancha y grita acercándose á la puerta*).

Julia. — (*grita*). Gurisa... vení, seguí planchando que tengo que hacer otra cosa.

Gurisa. — (*desde dentro*). Ya voy... esperá...

Doña Braulia. — Hija... las cinco ya, que se me ha hecho tarde con la conversación... Me voy ligerito para mi casa, que ahora no más llega mi viejo también y ni fuego he de tener. Y además ché Elisa... vos sabés como soy de franca y no te vas á resentir. No me gusta encontrarme con tu novio.

Elisa. — No se que me voy á resentir. Ud es dueña de hacer lo que quiera.

Doña Braulia. — Bueno, entonces, hasta mañana ó hasta luego. ¿eh?

Todas. — Hasta mañana. (*Como ve que nadie se levanta, sale sola... Julia le grita*).

Julia. — Espere Doña Braulia que voy para la cocina y salimos Juntas... (*á la Gurisa*). Ché Gurisa; vení de una vez.

Gurisa. — (*de dentro*). Ya voy, hombre... (*Va Julia al aparador á bajar una taza*). (*Doña Braulia, que quedó sola en la puerta rezonga*):

Doña Braulia. — Pero que gente antipática esta... Jesús! ni que fueran los Anchorena... Y ni con la torta han sido capaz de convidarme y eso que la tienen ahí, en las narices. (*Llega Julia y la agarra de la cintura*).

Doña Braulia. — Vamos Julita. Hasta mañana otra vez.

Todas. — Hasta mañana.

ESCENA II

Elisa, Doña Mariana, después la Gurisa, después Julia, después Don Mauricio y Arturo. (Elisa dejando la costura y echándose para atrás en la silla).

Elisa.—Pero mama; que vieja insoportable es esta.

D. Mar.—Que cosa, hija! si parece mentira que haya gente así. Cuando la oigo, me dá miedo de pensar todo lo que hablará por ahí de nosotros.

Elisa.—Si que nos sacará el cuero, si.....
(*Grita*) *Gurisa* veni para acá de una vez.

Gurisa. — (*Entrando*). Me había acostado un ratito, estoy enferma, Uds. no me quieren creer.

D. Mar.—M'hija... si te sentís mal, no planchés más, sentate.

Gurisa.—No mama... ahora me siento mejor. Que suerte que se fué esa vieja. No he visto otra cosa más entremetida y más curiosa y más habladora. Yo no la puedo aguantar. Me hace dar más rabia!...

D. Mar.—Callate que vos y la Julia son igualitas que ella... no le hagan esas guasadas ni le digan esas cosas; miren que con la gente así es malo chacotear.

Gur. — Si nosotras no le decimos nada. Y bien que le podíamos decir, si... Mire como nos ha dejado el suelo de escupidas esa chancha... (*va hasta la puerta y grita*) Julia, Julia... no te olvides de traer el balde con la lona del piso para limpiar lo de siempre

D. Mar. — Vení para acá, mocosa... para eso no estás enferma. Ya la otra sabe y lo va á traer sin que le digás nada.

Julia. — (*Entrando con el balde y la lona en una mano, y en la otra la yerbera que deja sobre la mesa se pone á limpiar*): Qué vieja puerca Dios mío! Miré como deja el piso de estar un ratito sentada! Vieja asquerosa, vieja guanaca. Y tener yo que estar limpiándole las escupidas á esa sinvergüenza.

Gur. — Y que son saliva de diablo, ché. El veneno que le sobra cuando habla es... No se han fijado, que en cuanto dice una barbaridad muy grande larga una... y cuanto más grande es la barbaridad, con mas ganas escupe; como para firmar...

Julia. — Y saliva de tabaco inglés que pone el suelo á la miseria. (*levantándose acabando de limpiar*). Y que no se le gasta con todo lo que habla.

D. Mar. — Cállense ustedes dos, que tienen la lengua más larga que ella. Y vos, mocosa, para conversar no estás enferma, vení ligerito á acabar de planchar que ya no queda casi nada, tomá estas dos fundas. (*Se acerca la Gurisa á la mesa en el momento que entran don Mauricio y Ar-*

turo; éste trae un ramo de flores para Elisa, y don Mauricio besa á las tres chicas al saludarlas)

Ellos. — Buenas tardes. (*Elisa se adelanta á tomarles los sombreros, Don Mauricio se lo da y se acerca á la mesa á hablar con doña Mariana*).

Arturo. — (*A Elisa*): Buenas tardes, prenda del alma. Toma tus flores. *Elisa hunde la cara en ellas y luego se las prende en el pecho*). Qué ricas!... que ricas!... Ya me parecía que no llegaba nunca la tarde para verte; te acordaste hoy mucho de mí?

Arturo. — Como siempre, mi reina... sin ver la hora de salir para venir á mirarte los ojos. No se lo que me pasa cuando ando lejos de vos, me pongo como azonzado, que no se ni lo que me hablan ni lo que digo, ni lo que hago.

Julia. — (*Que estuvo escuchando*): Mirá, azonzados andan hace tiempo los dos...

Gur. — (*Señalándolos con la plancha*): Ya están esos secreteándose.

Julia. — Esperen para conversarse á estar sentados siquiera. (*Elisa ríe y va á colgar los sombreros, luego vuelve á la máquina, Arturo se vuelve á Julia*):

Arturo. — Y vos, lavando el piso... Que te ha pasado?

Julia. — Nada, que vino esa vieja puerca de Doña Braulia, y como siempre nos dejó todo á la miseria.

Arturo. — (*ríe*).

Julia. — Y de qué te reís? Te parece muy gracioso eh? Como vos no tenés que limpiar.

Arturo.—(*riendo*). No, no me parece gracioso, vos tenés la culpa: porque no le traes la salivadera? ó le ponés un cartelito: "Es prohibido escupir en el piso de mi pieza."

Julia. — (*furiosa*): Andá al diablo, estúpido (*sale*).

Arturo. — Qué muchacha esta! Siempre por alguna cosa tiene que rezongar con la vecina... que loca!... (*Acercándose á la mesa*) Y vos, Gurisa, has trabajado mucho hoy? Que tal los aprontes para mañana?

Gur.—Lindo nomás... si nos vieras.

Arturo. — Y que te pasa que no me has dicho nada?

Gur. — Que me va á pasar... Estoy cansada... No tengo ganas ni de reirme...

D. Mar. — Desde esta mañana embroma con que está cansada. Dejá si no querés planchar más.

Gur. — No, ya me falta poco...

Julia.—(*Entrando con dos tazas que pone sobre la máquina*). Tomá, ché Gallego, tu café que se te va á enfriar.

Arturo. — (*Acercándose á la máquina*) Co-siendo siempre mi trabajadora rica. (*Se ponen á cuchichear*) (*Julia que empezó el mate les dice al pasar por su lado*):

Julia. — Ya empezaron los secretos. (*Dando*

el mate á D. Mariana): Sirvase mamá. Y tata?

D. Mar. — Se fué para adentro con sus pa-peles. uff! que feo; tomá ché, echale más azú-car... O mejor cortá la torta y llevale á tu pa-dre y cebás el mate allá que tengo que lavar y ya acabamos esto, gracias á Dios.

Gur. — Que suerte mamá... por fin! Corta-me un pedazo grande para mí, querés?

Julia. — Tomá, tomá el pedazo más grande angurrienta... y ustedes, mamarrachos, tomen, coman... ja, ja, ja! ya nos vamos... ya los dejamos en paz...

Arturo. — (*llamándola en secreto*)... Mirá, cuando aquel que sabemos venga... ya que te vas á querer quedar sola, sí...

Julia, Ganso, pavote. (*Salen todos*).

ESCENA III

Elisa y Arturo

Elisa. — (*Elisa defiende sus manos de Artu-ro que quiere agarrárselas*): Bueno, pero déja-me quieta... no seas loco... déjame...

Arturo. — Y porque no querés que te las bese?... Si son las manos más buenas y más lindas para las que todos los besos son pocos... (*Se las agarra y las besa*).

Elisa. — Pero loco. (*Se las retira*).

Arturo. — Mala, mezquina con lo que no es tuyo... porque tus manos son mías, ¿Sabes? Son mías y yo las adoro... Traelas... traelas, mi vida (*Le da ella una*)

Arturo. — (*Acariciándolas*). — Oh! como son de blancas y de lindas y de suaves. Mas lin-das que las manos de todas las reinas... que por mas blancas que sean no saben trabajar como es-tas... Yo adoro tus manos porque ellas me han enseñado á ser hombre y á ser bueno, y á ser dichoso. Te acordás de antes, Elisa?

Elisa. — Pero chiquito... estás loco?... que te pasa mi alma?... No pensés... no pensés.

Arturo. — Sí, pensemos... no sabes vos lo dulce que es recordar las penas pasadas. Lo fuerte que uno se siente al mirar desde la dicha lo que antes ha llorado.... hablemos mi alma de antes, de cuando nos empezamos á querer.

Elisa. — De cuando te empecé á querer, Ar-turo, porque vos, al principio no me querías.

Arturo. — No reina, yo te he querido siempre desde el mismo momento en que te ví aquella mañana. Te acordás? La mañana en que se mu-daron ustedes á esta casa.... Vos pasabas en-trando las macetas de las plantas y yo estaba parado en la puerta de mi pieza. Me miraste á los ojos al pasar y yo no sé que me dió... que iba á salir y me quedé en casa todo el día vién-dote ir y venir y trabajar... Tan linda como una gloria, toda arremangada mostrando tus brazos blancos... A la tarde ya hablamos... te acor-dás?... Yo te ayudé á mover unas cosas y cuan-do vos hablabas yo cerraba los ojos para es-

cucharte, porque tu voz me gustaba... me gus-taba tanto como nasta ahora que me llega al alma...

Elisa.—Acordáte como te miré todo el día... Me parecía que tus ojos me llamaban, que me traían á vos... Y me daba pena verte tan solo, con esa cara tan triste... y cuando me hablas.e me parecía que me habías hablado siempre, que yo te había querido toda la vida... Esa noche cuando me acosté no podía dormirme, no me po-día estar quieta, me sentía alegre, liviana, ágil y sin embargo, tenía el corazón como angustiado. Que pavos, que estúpidos los que niegan que puede quererse así, en un momento.... Yo te quise así, en seguida, y enseguida me dí cuenta de lo que tenía; me conocí que lo que sentía á dentro era cosa nueva para mí... Yo tenía un novio, pero lo que de golpe sentí por vos no lo había sentido jamás por ningún otro.

Muchas veces me he puesto á pensar en eso, y yo te juro que nunca lo he comprendido... ni antes que era una pobre muchacha ignorante, ni ahora que se todo lo grande y todo lo bello de la vida porque te sé querer.

Aruro. — Reina, reina mía. Ya lo creo que vos sos la única que sabe querer, no has sido nunca una pobre muchacha ignorante, no... Lo que has sido buena y confiada y franca... Has tenido la sabiduría verdadera en el alma... esa que no se aprende, que no puede enseñarla nadie porque no está escrita en ningún libro...

Elisa. — Callate mi vida... oime: Ahora soy yo la que quiero acordarme, la que siento como una dicha al pensar en todo eso... Dejame que te cuente... Al otro día nos vino á ver doña Braulia y me habló tanto de vos!... Me dijo que eras borracho, que eras jugador, que eras pendenciero... Que no trabajabas nunca, que nadie sabía de lo que vivías... que eras loco, anarquista y que solo sabías gritar cosas malditas de tus libros de asesino cuando estabas borra-cho... Qué te ponían preso todos los días y que vos te reías... Que aborrecías todo el mundo...

Y que cosa más rara, Arturo! Nunca te lo he dicho... Cuando me contaba eso á mí me pare-cía que te iba queriendo más, que te iba que-riendo más á cada nueva cosa mala que iba sa-biendo de vos... Después cuando te ví, hubiera querido abrazarte, decirte que yo sabía que vos eras bueno, que vos eras desgraciado... No sé porqué pero yo adivinaba, yo sabía como eras vos. Yo sabía que vos merecías que te quisieran mucho, como yo te quería... Por eso, cuando te veía malo conmigo yo no me enojaba... yo te buscaba...

Lo veían en la casa que yo te buscaba y se reían, y hablaban mal de mí... Brutos!... Cuan-do una mujer quiere y no la quieren, debe bus-car al hombre que ella quiere; cuando hay cari-ño de veras no hay amor propio, no hay orgullo, no se ocupa uno de las cosas que puedan decir ó de lo que puedan ver... Debe ser fuerte que

solo los fuertes saben querer y solo los que quieren son fuertes. Que el amor, el verdadero amor, no se ha hecho para todos. Me acuerdo de la noche en que te dije que te quería... Todavía no se como lo hice, como tuve valor... Pero yo estaba loca de verte así, sin hablarme, malo conmigo, disparándome... No hacía quince días que nos conocíamos. Te acordás? A gatas habíamos hablado... Si cuando lo pienso me parece mentira.

Arturo. — Mirá. Me acuerdo... Hacía mucha luna... Era una noche de verano clara, clara y vos tenías puesto un vestido todo blanco...

Cuando llegué estabas parada al lado del pozo como si me esperases. No sé que me preguntaste y yo entonces sentí que me salía á la boca toda la rabia que me habías hecho juntar. Te insulté, te insulté como no he insultado jamás á nadie, y entonces cuando te insultaba más, fué que vos me abrazaste, que me sentí tus brazos por el cuello y sin saber como te estaba yo besando en la boca...

Te acordás Elisa?... Yo no puedo decirte lo que sentí entonces. De repente toda mi rabia se volvió contra mí mismo... sentí ganas de llorar y de pegarte y de besarte juntas... me sentí perro, desgraciado, desgraciado...

Elisa. — Oh, yo también te sentí sufrir... sufrir mucho... cuantas cosas horribles me dijiste esa noche!

Arturo. — Mi Elisa del alma! Mi rica! Ahora, cuando pienso en esa noche me siento bueno para toda la vida... me siento con fuerzas para todo lo que vos quieras...

Mirá... No sé que golpe me dió el corazón al verte en la puerta de mi cuarto, al oír lo que vos me decías... Me acordé de mi madre, de la pobrecita de mi madre que fué tan buena y tan desgraciada... y me pareció, que así como vos, esa noche había sido la falta de mi madre... Que si yo esa noche te hacía mía habría sido mas infame que si te hubiera buscado y tenido por fuerza... que el hijo que hubiera nacido de nosotros habría sido otro perro desgraciado como yo... Y te lo dije, te lo dije todo llorando como un chico y vos me consolabas como podía haberlo hecho mi madre, como si hubieras sido hermana mía... Entonces empecé á creer que se podía ser bueno, en que era cierto que había en la vida gente desinteresada, gente generosa, gente que quería y que yo con ustedes podía ser dichoso, trabajar, hacerme una vida honrada como la de tu padre que fueras vos mi mujer, que tuviéramos hijos que nos quisieran, una pieza en la que entrara el sol para darnos lujo, una mesa con el mantel muy blanco donde comiéramos de lo que yo ganaba con nuestros hijos, lindos y buenos como vos y con tu cara rosada.

Y cuando te lo dije, vos la guapa de aquella noche, tenías vergüenza, mucha vergüenza, no sabías ni que decirme y te pusiste á llorar contra mi cara... Oh! si los malos supieran lo feliz que es el bueno, se harían buenos, aunque

fuera por maldad y egoísmo...

Ahora puedo, por fin, mi alma, quererte sin vergüenza, hacerte dichosa.

Elisa. — Sí, dichosa, feliz como no puede serlo ninguna otra... que las otras son felices porque sí, sin darse cuenta de que lo son... Y yo, mi felicidad me la he hecho con mis manos, y sé lo que vale, porque he tenido que trabajar mucho para conseguirla...

Yo te quiero más como cosa mía y me siento querida como ninguna... que los otros hombres buscan las mujeres porque es su costumbre, y se casan, porque necesitan hacerlo con cualquiera, y son buenos y trabajan porque no saben vivir de otro modo!... Pero vos!... Vos te hiciste bueno para mí, sin que yo te lo pidiera, trabajas para mí sin que yo te lo pida, y me has dado la mas grande de todas las pruebas grandes de cariño que se puedan dar... Por eso yo te quiero, y te respeto más que si hubieras sido bueno toda la vida; porque también á vos te ha costado hacerte bueno, y sos bueno de veras porque has trabajado mucho para poder serlo.

Arturo. — Te juro que no veo la hora de hacerte mía para siempre. *(una pausa dolorosa)* Ya muy pronto ganaré lo suficiente para que no cosas más... Cada puntada que das es un insulto para mí... Las odio á esas mujeres para las que cosas porque me parece que me roban algo de cariño tuyo... algo de vos...

Elisa. — Alégrate, entonces... hoy mis manos no fueron esclavas, no se cansaron, no cosieron por obligación... Cosieron alegres, encerrando una ilusión en cada puntada... Mirá, lo que he cosido hoy es para mí... Espera que te lo traigo... ve esto *(le da el corpiño y va á la mesa á traer lo demás. Mientras entran los otros, todos, escuchando al padre que habla)*.

ESCENA IV

Elisa y Arturo, después don Mauricio, doña Mariana, la Gurisa y Julia.

D. Mauricio. — *(Entrando con sus folletos y papeles en la mano)*. Si hija, ganamos para vivir los obreros cuando somos solos ó cuando toda la familia como aquí trabaja, para vivir al día, sin guardar para una enfermedad ó para una muerte...

D. Mariana. — Pero si tan mal no estamos... Mauricio si ya sabes vos el miedo que yo le he tenido siempre á eso de las huelgas... Bueno, en fin...

(A la Gurisa.)—Levante todo eso, hijita. Como diez pesos nos hemos ganado hoy entre las dos...

(En el intervalo Elisa vuelve donde Arturo y le enseña la ropa y el fin es hablando simultáneamente).

Julia. — Tata, como se vá á poner á leer de obscuro que está: ¿quiere la lámpara?

D. Mauricio. — Bueno, hija.

Arturo. — *(Que ha mirado y remirado la ropa que ella le dió).*

(Mientras ellos hablan, la Gurisa recoge las ropas y las planchas y doña Mariana ordena la ropa en los canastos).

Arturo. — *(Mirándolas).* ¡Qué lindo, qué lindo! Como salido de tus manos... la ropa de mi mujer... Rica, rica mía... Tráela... ¡Qué lindas cintas!...

Elisa. — Mirá... rosadas como á vos te gusta... Tengo que hacerle los moños... así, ¿ves? *(Hace uno).*

Arturo. — Yo te ayudo, trae, yo te ayudo decime ¿cómo se hace?...

Elisa. — Así, mirá... hacelo lindo... tomá... *(El lo hace).* Ay! qué feo!... *(lo deshace)* así, no, así ¿ves?...

Arturo. — ¿Así?... *(vuelve á hacerlo).*

Elisa. — Si, éste está bien... mi encanto, mi guapito rico que hasta hacer moños sabe... Tomá hacé los otros vos...

Arturo. — *(Haciéndolos).* Mirá, rica; en cada nudo de éstos ato un montoncito de cariño...

(Se interrumpe de pronto al grito de la Gurisa, que mientras doblaba las cosas de las planchas, tuvo un acceso de tos más fuerte que los otros, y al taparse la boca con el delantal para toser lo llenó de sangre).

Gurisa. — ¡Ay, mama!... Sangre... he escupido sangre, mamá venga... *(Todos la rodean).*

D. Mariana. — Qué decís hija?... ¿qué decís?

Gurisa. — Que he escupido sangre mama, que estoy tísica!...

D. Mariana. — *(angustiada).* No m'hija, tísica no puede ser... vos no tenés más que un resfrío.

Julia. — *(Que entra con la lámpara)* ¡Qué hay! ¿qué tiene?...

Gurisa. — Sangre, que he escupido sangre, que estoy tísica, que me voy á morir!

Elisa. — *(Arrastrando el sillón hasta ella).* — Tomá Gurisa, sentate, si no es nada... si no es nada.

Gurisa. — No, si á mi me dolía mucho la espalda.

D. Mariana. — Si, m'hija... es cierto... Yo soy una hereje que no te quería creer, que te he hecho planchar todo el día por unos puercos centavos... Mi Gurisa del alma... *(La abraza llorando).*

D. Mauricio. — *(Retirándola).* — No, la culpa la tengo yo, que dejo que ustedes pobres mujeres, se maten trabajando... Pero, oí Gurisa, vos te vas á curar; porque tu padre tiene un poquito de plata guardada y te va á llevar á todos los médicos, y te va á comprar todos los remedios, aunque tuviera que robar para que no te faltara nada... y vamos á hacer todo lo que pueda hacerse para que vos te sanés...

Arturo. — Y nosotros también, queridita...

Elisa y yo tenemos plata junta para casarnos y toda es para vos, para que te sanés, y como hay que comprarlo todo; te compraremos con eso la salud... No llorés Gurisa, no llorés que vos te vas á sanar...

Julia. — Pero, payita; si no es para tanto; no llorés; no te aflijas.

Gurisa. — No; no me engañen... Yo no me voy á curar nunca porque los tísicos no se curan... y yo mamita no me quiero morir... no me quiero morir... no me quiero morir, mamita...

Elisa. — Callate, Gurisa... No digas disparates, no pensés en eso... Ya vas á ver como mañana no te acordás de nada... Mañana, cuando estés bailando con tu vestido rosado...

D. Mauricio. — Si, y con la pulserita que yo te voy á traer...

Gurisa. — No... yo ya no quiero nada, dejeme... yo no voy á ir... Yo estoy tísica... yo no voy á ir... Yo estoy tísica... yo me voy á morir...

Elisa. — *(besándola y llorando).* Callate Gurisa. No te acordés de nada. Ya vas á ver mañana que contenta estás cuando esés bailando con tu vestido rosado....

TELON LENTO

ACTO II — La Fuerte

DECORADO

Representa la escena el patio del conventillo con el movimiento de vecinos acostumbrado. — Braseritos en las puertas; al fondo en una cuerda ropa tendida, al centro un banco grande, á la derecha puerta de la calle y á izquierda la puerta del cuarto de don Mauricio con la máquina delante y unas sillas. — Pasan vendedores, chicos y mujeres. — El movimiento de gentes que entran y salen queda á idea de los artistas.

ESCENA I

Doña Petrona, doña Braulia, después don Mauricio

D. Braulia. — *(Entrando de la calle con los canastos de entregar ropa vacíos y un "Frayl Mocho" en la mano. (A doña Petrona que estará en escena cuando se levante el telón).* Doña Petrona del alma!! qué sorpresa! ¿Hace mucho rato que llegó?

D. Petrona.—Buenas tardes doña Braulia. Ya me extrañaba no haberla visto... Hace como dos horas que vinimos. ¿Y usted por donde andaba?

D. Braulia.—Salí esta mañana á entregar una ropa y con una vuelta y otra, fijese la hora que se me ha venido encima... ¡Qué cosa!... Como se pasa el tiempo ¿eh? Y por allá ¿cómo los dejó? Ya ha de estar bien el enfermo cuando la tenemos de vuelta.

D. Petrona.—¡Qué bien!... peor cada día...

D. Braulia.—¡Qué cosa!... Y no acabar de morirse de una vez el pobre. ¡Pobrecito!... Tanto embromar para morir ¿eh? No es por desearle daño, pero se debía morir de una vez. ¿No le parece?

D. Petrona.—Pero no diga eso, mujer.

D. Braulia.—Porque no voy á decir lo que pienso, hija... Usted no tiene porque resentirse de lo que es una franqueza nomás... Igual diría de uno de mi familia que se enfermase así, aunque fuera mi hija. Por Dios, le juro. (*Besa la cruz*). Que desearía en el alma que se muriera de una vez. ¿Para que estar ahí penando el cuete?

D. Mauricio.—(*Que pasa de largo para su pieza*). Buenas tardes.

D. Petrona.—Buenas tardes.

D. Braulia.—Buenas tardes, compadre, ¿qué tal la Gurisa?

D. Mauricio.—Igual, señora, igual... Hasta luego. (*Entra á su cuarto*).

D. Braulia.—(*Haciéndoles los cuernos por detrás*) Ahí va ese viejo brujo, viejo odioso, ni es capaz siquiera de hacerle una atención á uno... Mas espótico... ahí los tiene, más pobres que las ratas, con la muchacha por cantar para el carnero y todavía les dura el entonamiento...

Doña Petrona.—Cállese, doña Braulia, pobrecita la chica tan buenita que era. Qué cosa mi Dios! ¿Y no se mejora con los aires de la sierra?

Doña Braulia.—Qué sierra ni que serrucho!... Hace como un mes que están de vuelta y más arruinada y más ética cada día.

Doña Petrona.—Como yo no los he visto en toda la tarde creía...

Doña Braulia.—Y que los va á ver... Si si-guén con la misma costumbre de encerrarse y de tratar á los vecinos como si ellos nomás fueran gente. Lo que es... No hay sobrenombre más lindo que el que yo les he puesto: Los de Anchorena... Ya ve que hasta á usted la tienen á menos, que nunca han querido tener relación con usted.

Doña Petrona.—No, qué esperanza! No es por eso. Ellos son gente así, callada, seria. Yo tampoco tengo relación con los vecinos y no es porque tenga á menos á nadie. Esta noche voy á ir á acompañarlos un ratito. Los que trabajamos mucho, solamente en esos casos nos po-

demos visitar.

Doña Braulia.—Cállese, hombre, si usted supiera lo que me hizo esa compadrona de Elisa... Si usted supiera! También... todas las cosas que yo le dije!... ¿Y usted se cree que se animó á contestarme ni á insultarme ella? Tan tranquila como si le estuviera diciendo buena moza, me salió con que no escandalizara porque ella... la gran cosa, no tenía ganas de oír disparates... y que si no me iba pronto me iba á tener que hacer sacar con el chafe... ¿Se da cuenta doña Petrona? Se da cuenta del tupé que tiene esa gata de los tapiales? El día que me echó la perra esa... ¡Qué día doña Petrona!... Para agachar el copete ella y contarme que no tenían que comer. Ella y la Julia solitas, y los otros presos.

Doña Petrona.—Pero ¿qué dice de presos?... ¿qué les ha pasado?... Porque ellos parecían que estaban bien, que tenían plata... Ya ve, llevaron la chica á Córdoba...

Doña Braulia.—A Córdoba!... Y cómo?... Sin plata segura... Aunque, algo debían tener ellos guardado. Pero después vino la huelga... usted ha debido oír decir ¿no?

Doña Petrona.—Sí, me parece que algo oí...

D. Braulia.—Bueno, ese asesino anarquista, de porquería del Arturo, fué el "promovedor" creo que eso me dijeron, y el viejo no se cuanto bolazo dijo en los *mitingues*, y resulta que me los metieron presos á los dos y me los dejaron sin trabajo. ¡Bien hecho! Al viejo ya lo han largado, pero al Arturo todavía lo tienen creo, y no se que de ley de Residencia que le van á aplicar... Esa ley tan buena que hace salir de el país á todos los extranjeritos, muertos de hambre que vienen á bochinchar á tierra ajena.

Doña Petrona.—Pero ¿no es argentino Arturo?

Doña Braulia.—Que va á ser argentino! salga de ahí! gallego, más gallego que su marido... Solamente que no se le conoce porque ha vivido siempre aquí, comiendo de nosotros, los argentinos — tomá esta — Pero bien hecho, que ahora me lo mandan á su tierra con sus ideas... No he visto una ley más á mi gusto que esa. Fijese que cosa, eh? en todos los diarios ha salido el retrato de Arturo, como si fuera un gran personaje, esa porquería... En el Caras y Caretas, en el P B T, en el Film, ese libro más grande de los biógrafos... Hoy me contaron todo eso en lo de mi comadre Maria, y me dieron este Fray Mocho que creo que salió hoy con una cosa que se llama "apuertaje" que le hace siempre á las grandes personas... Me parece que era así... del Arturo... fijese y con el retrato y todo... Mírelo (*abre el Fray Mocho y busca*) Aquí está ¿ve? Yo no se leer, pero por la figura.

Doña Petrona.—(*Tomando el Fray Mocho*): Ay!... si está igualito... Pobre mozo... tan lindo, tan simpático, tan trabajador. ¿Y este

que está con él?... ¿quién será?

Doña Braulia. — ¿Este?... Este lechuzón de los anteojos negros?... Me parece que me dijo la Juanita que es el macaneador que ha escrito todos esos bolazos. Aquí abajo firma. Una cosa como Suiza... no, Sucia Rey... eso es... Sucia Rey... parecido.

Doña Petrona. — A ver? (*deletrea*) So—i—z Re—i—lly... Soiza Reilly, dice Soiza Reilly... (*mientras dos muchachas que llegan hacen señas á doña Petrona y la esperan hasta que se separa de doña Braulia y entran juntas*).

Doña Braulia. — Ajá!... así me parece que me dijeron. Eso mismo... Un macaneador. Ha de ser otro que tal que el Arturo, nomás. Así lo hacen poner orgulloso metiéndolo en los diarios como si fuera gente. Y es que esos otros son anarquistas también y se aprovechan de cualquier cosa para hacerlo quedar mal al gobierno. Yo me alegro de que lo echen, para que voy á decir otra cosa, acá la nombra á la Elisa también... Tráigalo que lo necesito (*Le agarra el Fray Mocho*).

Doña Petrona. — (*Dádoselo*) Pobre muchacha, la Elisa! Cómo estará de pena, cómo habrá sufrido... tanto que lo quiere.

Doña Braulia. — Que quiere que sufra esa oveja si tiene más agallas que dorao viejo. Fíjese, que cuando cayeron presos los otros, que ya no ganaban y se habían quedado de aquí (*Se hace una cruz delante de la boca*) con lo de la huelga, se pensó que ella, con los mamarrachos que cose las iba á poder sostener á las otras allá y todavía llevarles á estos yerba y cigarros á la cárcel porque eso hacía. Se marchaba á verlos, sola como una sargenta que es, y cargada de porquerías... Ahí me la tenía que ni se que horas guardaba para dormir, dele coser y coser... Cuando yo me iba á la cama me la dejaba reventando de calor abajo de la lámpara y cuando me levantaba ya la tenía triquitraque con la máquina; y ni pálida se había puesto, conversando y riéndose como si nada le pasara... Cuando le digo que es una oveja!... Una de esas mañanas fué que el doctor le mandó una carta conmigo. Yo ni sabía lo que le decía en la carta, ni para lo que era.

Me había contado ella el día anterior que le había mandado plata á la vieja, que había tenido que pagar no se qué de los presos y que no tenía ni con que comer hasta que entregara costura... No fué de franqueza que me lo dijo ¿eh? Fué para disculparse de que no me pagaba la casa hacía dos meses, y esa mañana había ido yo con los recibos...

Yo sin saber que quería ocultar le conté todo al doctor... No va á creer usted, que el pobre me pagó los meses de casa y le mandó una carta... En vez de agradecer el favor me echó la sinvergüenza, como si yo fuera una como ella,

y no una señora seria como soy.

Doña Petrona. — Pero quien sabe que le diría el doctor. Son tan atrevidos los hombres con las mujeres pobres y solas...

Doña Braulia. — Y que quiere que le dijera? Que la quería... y bien enterada estaba ella de que ese doctor la quería. Todas las locas tienen suerte; pero esta ni esa suerte ha sabido aprovechar. Si fuera por honrada... pero ya ve como era con el Arturo... Qué Dios me libre de malos pensamientos... (*Se persigna*) pero para mí que esos no andaban en cosa buena...

Doña Petrona. — Pero era el novio... y se querían con locura: eso es lo que no se puede negar... todo lo veíamos...

Doña Braulia. — Sí, que no, todos los veíamos... cansada estoy yo de verlos besarse y rebesarse en el pozo, en el patio, en las piezas; en la cocina, en el zaguán... La niña decente que se asusta de que el doctor la quiera...

Doña Petrona. — No sería que se asusta... Sino que ella no lo quiere.

D. Braulia. — Como para pensar en cariños estaba!... Eso del cariño se deja para las ricas. Fíjase que esa misma tarde del día que me echó tuvo que vender una punta de cosas para mandarle á las otras que se vinieran y para darse el corte de humillarlo al doctor mandándome los meses que él me había pagado para que se los devolviera. ¡Qué copete de mujer! ¿eh?... También me he reído más de la venta de las cosas... Como mudanza, doña Petrona, como mudanza. De lo que más me alegré fué de la máquina de las planchas... tanto que me achataban á mí que no tengo. ¡... Fíjese lo que será que vendió todos los muebles, pero anda con todas las porquerías de turcos, con los brillantes que tiene cogiendo para darse corte. Y si le digo que ahora... (*En este momento aparece Julia en la puerta del cuarto para ir á la cocina y doña Braulia se interrumpe*): Mire, ahí va la Julia. Atienda que la voy á llamar y va á ver las lindas noticias que le doy.

Doña Petrona. — No, no. Converse con ella sola que yo me voy, tengo que hacer y me esperan las chicas. (*Se retira*).

Julia. — Ya de vuelta? Como le ha ido? Y el enfermo como quedó?

Doña Petrona. — Igual nomás, hijita.

Doña Braulia. — Ché Julia, vení m'hija que te quiero decir una cosa, un encargo que tengo para vos.

Julia. — (Qué querrá?)

Doña Braulia. — Vení pronto, ché, apurate.

Julia. — Voy... Hasta luego, doña Petrona.

Doña Petrona. — Hasta luego, hijita. Esta noche voy á ir á acompañarlas un ratito.

Julia. — Con mucho gusto, la esperamos. (*A doña Braulia*): Qué desea doña Braulia?

ESCENA II

Doña Braulia y Julia

Doña Braulia. — Quería hablarte muchacha, aunque ustedes no quieren conversarme yo no les tengo rencor, ya sabés vos como las he querido siempre.

Julia. — Sí, como no, ya se... que no la vamos á querer conversar... Es que...

Doña Braulia. — No, ché, no te disculpés; que para estas cosas no hay disculpa que valga. Tengo un encargo para ustedes de la señora de González y de las de Robledo. Quien sabe quien les ha ido con el cuento de que está tísica la Gurisa. Ya sabés lo que es la gente. Y me encargaron que te dijera que no les van á dar mas la ropa. Que, que pensarían ustedes de tomar planchado ajeno teniendo una tísica en la casa, cuando los trapos llevan tanto los contagios... Y me lo dieron el planchado á mi. Yo no se lo quería tomar sabiendo que es la única cosa que les quedaba á ustedes. Pero después de todo igual se lo iban á quitar.

Julia. — (*disimula la impresión*). no, no es es nada, hizo bien en tomarlo...

D. Braulia. — Pero, ché, con tanta cosa hace como una hora que llegué y no he entrado todavía á mi pieza. Tomá (*Le da el Fray Mochó*) ahí vas á encontrar una noticia para ustedes. *Julia.* — (*Tomándolo extrañada*): ¿Para nosotros?

D. Braulia. — Sí, para ustedes... Buscá... Hasta luego, luego me lo devolvés... (*Se va para dentro y Julia hojea el Fray Mochó, encuentra y lee*). Já, já, já! Tomá, aprendé á compadrear. Já, já, já! Me la dejé achata-dita; achata-dita como pulga reventada con el pie... já, já, já! la compadrona, la compadrona! (*Queda Julia sola leyendo tan emocionada que solo atina á sentarse en el banco sin poder ni hablar. Al rato vuelve á salir Braulia con el cigarro en la boca y uno de los canastos para recoger la ropa tendida. Mientras la descuelga mirando de reojo á Julia monologa*): Me había olvidado de la ropa que tendí esta mañana, que cabeza que tengo mi Dios santísimo!... (*Cuando tiene el cesto lleno se viene para la pieza hablando siempre y mirando de reojo á Julia*). Que mujeres estas, Dios mío!... que copete!... Ni tata Dios se los agacha. Leyendo tan fresca. No ha sido capaz de llorar, ni de gritar, ni de desmayarse siquiera... ¡son como unos animales!... (*aparece Elisa en la puerta de la pieza. Braulia al verla dice*): Al diablo, la Elisa!... (*y sale disparando para la pieza*).

ESCENA III

Elisa y Julia, después Arturo

Mientras Julia y Elisa hablan Braulia espía varias veces y después pasa con una cacerola para la cocina (*Elisa al pasar de largo y apuradá para el cuarto lá ve á Julia sentada. Póné el paquete sobre la máquina.*)

Elisa. — Oh! que haces ahí?

Julia. — (*Levantándose de pronto y escondiendo el Fray Mochó*) Nada, nada, no hago nada.

Elisa. — No, vos tenés algo, algo te pasa... Como estás de pálida!... Estás llorando... (*Deja el paquete sobre el banco*) Tenés llenos de lágrimas los ojos... (*La agarra por los brazos*) ¿qué te pasa?... ¿qué tenés?

Julia. — (*Deshaciéndose*). Déjame... sos loca... No se porque voy á llorar yo. que querés que me pase? que querés que tenga? No me pasa nada, no tengo nada.

Elisa. — Y entonces porque estás ahí? Porque tenés esa cara de muerta?... Vení vamos para dentro... (*Hace ademán de irse y Julia la detiene*)

Julia. — No, no vas... esperate, te quiero decir una cosa...

Elisa. — Una cosa? Qué hay? Cuando decía yo que vos tenías algo, que algo te pasaba... Qué hay? Cómo está la Gurisa?...

Julia. — No, la Gurisa no... Es otra cosa... otra cosa peor todavía para vos Elisa, para vos que sos tan buena... Para vos que no te mereces esto (*La abraza echándose á llorar*).

Elisa. — (*Sentándose y sentándola en el banco*): Pero no llores, no ha de ser para tanto... decime que es... que no te vea yo llorando así, que con llorar no se saca nada. Qué es lo que hay?

Julia. — (*Llorando siempre*) Es que doña Braulia, me dió, me dijo...

Elisa. — Que te dió, que te dijo?

Julia. — Mirá, me dijo, que las de González y las de Robledo no nos dan más la ropa... que la Gurisa está tísica, que los trapos pueden llevar el contagio.

Elisa. — Y nada más que por eso estás así... nada más que por eso?...

Julia. — No... por otras cosas que yo pienso... oh... ahora, ya ni planchando las voy á poder ayudar... yo que nunca he servido para nada en la casa y que ahora que necesitamos más, que por más voluntad que tenga, tampoco podré ayudarlos...

Elisa. — ¿Para qué te pones á pensar en esas locuras? para qué? Que no has ayudado nunca? Ya lo creo que nos has ayudado, has sido la sirvienta de todos; y si no hubiera sido por eso no habríamos podido hacer nada nosotros. No seas

estúpida, no pensés disparates. ¿A qué le llamas vos trabajar entonces?

Julia. — (Lloriqueándó siémpre) No, no, nada... nada... no es eso...

Elisa. — Pero entonces decime, ¿estás loca? ¿qué novedad es esta de los llantos? Ni que se hubiera muerto alguno. Parece que estás anunciando mas desgracias todavía... Ponete aquí, á llorar como una idiota.

Julia. — No... También no puedo aguantar más, y verla á la Gurisa así penando de ese modo. Me dan ganas de nonerme á gritar lo que la miro...

Elisa. — Y yo también la veo y sufro más que vos todavía, pero con llorar no se hace nada. Cuando las penas vienen, vienen en racimos como las uvas, nunca viene una pena sola, y hay que aguantarlas á todas que no somos los primeros ni vamos á ser los últimos que pasen por esto, que es cosa del mundo el sufrir. No hay que meterse en un rincón á llorar. A las penas hay que hacerles frente; que pelear con ellas para que no la maten á una, hay que tener coraje, hay que aguantar... Las lágrimas se dejan para llorarlas cuando uno tiene una alegría tan grande que lo ahoga, que le rebosa del alma... A la desgracia no se le da el gusto de doblarse. Se aprietan los dientes y se le muestran los puños. A ver, decime... ¿qué es lo que has pensado vos?... Pero guapa, sin llorar alzando esa cabeza.

Julia. — Nada... nada. Que ya que no sirvo otra cosa, y que no podemos estar atenedos todos á lo que vos cosas...

Elisa. — Caliate. Oime. atenedos á lo que yo cosa no pueden estar más, porque yo ya no tengo más costura.

Julia. — Qué?... Qué decís?... Porqué?...

Elisa. — Que no tengo más costura por lo mismo que ustedes no tienen mas planchado... por la Gurisa (Riendo) La patrona dice que si supieran sería un descrédito para el taller, que ya se han quejado.

Julia. — (sin poderse contener llora más fuerte). Canallas, sinvergüenzas, entrañas de perro... peores que perros son todos!...

Elisa. — (Riendo siempre) No digas disparates, ché, pobres los perros... Ellos no serían capaces de hacernos esto.

Julia. — Tenés razón... Animales de Dios... Que no hay en el mundo animales más malos que los hombres. (Llorando más) ¿Qué vamos á hacer ahora? Nos vamos á morir todos juntos amontonados... Yo no se como vos no lloras... vos sos de palo...

Elisa. — Pero si yo me pusiera como vos, decime... Entonces si que nos íbamos á morir todos de hambre... Que no había trabajo en el taller?... Ni los iba á insultar ni me iba á poner á rogarlos tampoco. Te juro que no me cono-

cieron la desesperación que me dió... He "pateao" por esas calles hasta que he encontrado trabajo. Ya ves, No es un trabajo seguro ni bien pago, ni nada... pero algo es algo... mirá, camisas de hombre.

Julia. — Pero si vos no sabés hacer camisas de hombre.

Elisa. — Yo se hacer todo lo que se pueda hacer... aprenderé. Las dan cortadas y es muy fácil...

Julia. — En fin, tenés razón, para que llorar? Pero mejor es lo que yo he pensado...

Elisa. — Y qué es lo que has pensado vos? Decí...

Julia. — (Ya serena) Mirá, he pensado que yo, ya que no se hacer otra cosa, ya que solo sirvo para el trabajo de la casa, podía conchararme...

Elisa. — Ves? Así me gusta que seas guapa, que no te abandones á llorar. Yo había pensado eso ayer, pero me daba lástima decírtelo.

Julia. — También hace días que yo lo vengo pensando. Con lo que yo ganara pagaríamos la pieza, y con tu costura podían vivir...

Elisa. — No nos queda otro remedio, querida... lo vas á tener que hacer sin afligirte, con eso va á estar todo arreglado... Después de todo, no es tan feo servir... podés dar con una patrona buena, y hasta que nos levantemos un poco.

Julia. — No, que feo va á ser hasta cuando vos quieras, no me aflijo no, no soy tan pava...

Elisa. — Lo ves como no tenías motivo para llorar tanto?... Qué has sacado con el llanto? qué has sacado?... Si uno piensa las cosas sin desesperarse, ve que todo tiene arreglo en esta vida, que todo tiene arreglo... ¿Ves? en cuanto te callaste hallamos el arreglo y bien bueno... Ya nos vendrán otros días tranquilos y esto nos hará ser más dichosos después, cuando pensemos...

Julia. — (Sin llorar, la mira casi sonriente): Sí, tenés razón... á tu lado no hay modo de afligirse mucho... tengo que aprender de vos, y tener fuerza para soportar las penas. Ahora ya estoy tranquila ¿ves? Ya no llo-ro!

Elisa. — (Levantándose) Bueno, eso es lo que debes hacer... Anda á la cocina un ratito y lávate la cara para que no te vean adentro así. Yo me voy á verla la Gurisa. (Se aleja pero Julia se levanta también y la detiene).

Julia. — No, no te vas... te quiero decir otra cosa (Se angustia otra vez)

Elisa. — (Volviéndose) Qué?... Qué me tenés que decir?... A ver decí.

Julia. — No, Elisa no... Me da lástima de vos, y de pensar en lo que tengo que decirte... Pobrecita Elisa, vos tan buena, tan digna de ser más dichosa de lo que sos...

Elisa. — Pero ¿qué hay? que es lo que me tenés que decir? Decímelo de una vez no me tengas

así... (En este momento aparece Arturo en el zaguán con dos hombres, y se quedá mirándolas inmóvil.)

Julia. — ¡Es que doña Braulia me dió... me dijo que Arturo (Llorá más)

Elisa. — (Acariciándola) Milagro no iba á ser esa bruja la que viniera con el cuento... esa bruja vieja... Te ha dicho que lo echan á Arturo ¿no? (Julia siémpre lloriqueando afirmá con la cabeza qué sí). Yo que se los venía ocultando tan bien...

Julia. — ¿Pero vos sabías?

Elisa. — Y como no querés que lo sepa yo? Cómo no querés que yo lo sepa? Hace tiempo ya que nos lo pensábamos que le iban á hacer esto. Pero yo no lo esperaba tan pronto... Se va mañana (pausa). Y mira como lo he sabido... Hoy cuando tomé el tranvía para ir á entregar la costura, un hombre al lado mío tenía el "Fray Mocho", y al mirar, sin pensar, me veo el retrato de Arturo... Entonces me fijé... y bien que mal lo leí todo...

Julia. — ¿Y qué dijiste?

Elisa. — (Separándose y encogiéndose de hombros) Nada! ¿Qué iba á decir?... Nada. A mí ya no me queda nada qué decir. Anda para la cocina á lavarte la cara y venite adentro enseguida... y me haces el favor de ocultar esto hasta después, que no lo sepa ninguno ¿entendés? Ninguno de casa... (Al volvérsé ella para énterárse ven á Arturo de pie en la puertá del zaguán)

Elisa. — Mi rey!... (Corré y se abrazán y quedán un rató así tan emocionados que no pueden ni hablar. Julia también puede moverse del asombro. Pasa un rató y entónces se acerca á él y le pone la mano en el hombro. él se vuelve y sin soltar con un brazo á Elisa que durante toda la escéná está apretada contra él, habla con Julia):

Julia. — Pero, ¿cómo? te has escapado?

Arturo. — No, no...

Julia. — Entonces, como, cómo viniste?

Arturo. — (Pasándose la mano por la frente cómo extraviado): No se, no se todavía, dejame que pueda decirles... Vengo por mis cosas y á despedirme de ustedes... me voy mañana... me han dado permiso... traigo guardias... pero he venido.

Julia. — ¿Cómo han podido darte permiso? No puede ser, es imposible...

Arturo. — (más serénó) Ya ves que no es imposible porque estoy aquí. Nada es imposible en la vida, hija, más que el ser dichoso.

Elisa. — Sí, rev... pero ¿cómo han podido darte permiso? O es que yo estoy soñando?

Arturo. — No, no soñas, mi alma!... También á mí me parece mentira, pero es así... Se los pedí, se los rogué. ellos te habían visto á vos aquella mañana que los hablaste ¿te acordás? Han pensado en vos y te han tenido lástima...

Al fin y al cabo son hombres, tienen alma también, y yo no soy ningún asesino...

Julia. — Pero ¿no han tenido miedo de que te escapes? Mirá (Señala la puerta de la que los otros han desaparecido) Te han dejado solo...

Arturo. — Oh!... bien saben ellos que aunque solo hubiera venido, volvería... Han sido buenos conmigo... y además un anarquista, un sectario, cumple siempre su palabra (pausa).

Julia. — Te vas á quedar mucho rato? querés entrar?... Voy á avisarles antes, que no se asuste la Gurisa...

Elisa. — No, no vas... Ya te he dicho que es mejor que nada sepan, que no lo vean...

Arturo. — No me puedo quedar más que un ratito... Vengo á llevar mis cosas...

Elisa. — (Sin soltarse de él se vuelve á Julia.) Anda á aprontárselas vos Julia ¿querés?... En el cuarto de él está el baúl que trajeron ellos. La ropa toda está limpia. Ponele sábanas, ponele toallas... hasta hilo y aguja ponele, mirá que va á estar solo, que no va á tener quien le cuide las cosas. Ponele todos los libros que están en la mesita. Anda, anda, ligero... no te olvides de nada.

ESCENA IV

Arturo y Elisa, después Julia

(Julia va todavía sin darse cuenta de lo que le pasa asombrada. Quedan ellos abrazados en medio de la escena y se vienen lentamente sin decir nada, abrazados siempre hasta el banco donde se sientan y él apoya la cabeza en el hombro de ella quedándose un rato así. Es necesario que los actores sientan mucho esta escena para darle en gestos la vida y la realidad que no puede dársele con la pluma. Elisa debe demostrar durante toda ella que se domina que quiere parecer serena... debe sentir y comprender toda la psicología de la mujer fuerte de la heroína de la vida humilde que la autora quiere pintar en ella, en gestos maternales con él, consolarlo muy dulce, muy buena. En el momento que lo despide y que va él hacia la puerta, el dolor que siente dominarle la carne al separarse, al verlo irse y el grito desesperado que sin querer se le escapa y el decaimiento enorme de la voluntad que la hace querer que la bese otra vez, que la lleve entera en el beso. No llora siquiera, no se angustia para el llanto ni una sola vez. Su desesperación es muda, horrible, toda en los gestos. Durante la escena de ellos solos Julia debe pasar por el patio varias veces con altos de ropa, con libros con un cofrecito costurero, irse las visitas de doña Petrona y juntarse ésta á Julia, en sus gestos verse que ésta se asombra de ver á Arturo y que Julia se lo explica, pidiéndole silen-

cio con los de dentro y van juntas para el cuarto de Arturo. Los guardias demuestran por señas que no quieren darle el dolor de ver la despedida y salen para la calle asomándose varias veces para ver si aun está allí, y aunque ha cesado el movimiento del patio, siempre pasa alguien. Doña Braulia que viene con algo para su cuarto da una espantada al verlo y no aparece más. Al final de la escena Julia y doña Petrona sacan el baúl y un guarda entra hasta el patio y al lado del saguán hace grupo con ellas. Julia le habla y entonces él alza la cabeza.

Elisa acariciando la cabeza de Arturo que se ha quedado sin hablar todo refugiado en brazos de ella.)

Elisa.—No te pongas así chiquito... se guapito, tené valor, ¿no estás contento de haber podido venir á verme?

Arturo.—Si tengo valor querida, si comprendo que debo ser fuerte... pero dejame así un ratito, dejame así... tal vez sea la última vez que estemos juntos que pueda sentirte tan mujer mía...

Elisa. — Porqué la última vez? Me vas á dejar de querer?

Arturo. — (alzando la cabeza). No finjas, Elisa, no me digas eso que sabés que es mentira... no me quieras hacer creer que estás serena porque yo conozco todo lo que sufrís, y yo se todo lo que se rompe el alma cuando uno quiere ocultar el sufrimiento.

Elisa.—No te pongas así, callate, si no finjo, si estoy tranquila, te lo juro. Vos sos un chiquillo, vos te obcecas, lo ves todo horrible siempre. No solo aquí hay trabajo, lo hay en todas partes y en todas partes se puede ser bueno.

Arturo.—No, Elisa, no... Para mí ya no hay trabajo, ya no hay paz para mí en ningún lado... Seré todavía más perro que antes, porque seré un perro vagabundo de todas partes, me perseguirán como si estuviera sarnoso. Vos no sabés lo que es un anarquista, un anarquista al que se echa á rodar por la tierra, con la marca de enemigo de todo que es la sentencia del pobre judío errante, condenado á rodar siempre perseguido de todos lados porque le temen, porque saben que tiene el cerebro enfermo de razón, de inteligencia, de rebeldía, que es la enfermedad que más se pega... la que nunca se cura. ¿Vos te creés que eso no es un crimen, Elisa? querer libertar esclavos, querer que no haya llagas, que no haya angustias, que no tengan que venderse las mujeres por un pedazo de pan. Vos creés que no es un crimen decirles á los hombres, á esos pobres hombres esclavos de la vida? Vosotros no sois máquinas vivientes, que sois hombres... hombres libres que nacéis y morís como nacen y mueren todos los hombres... Trabajad, pero sed libres... Sed conscientes de lo que sois, conscientes de lo que hacéis, y no os olvidéis nunca de que sois hombres, de que

sois machos, de que tenéis todos los derechos de la tierra porque no tenéis la culpa de haber nacido en ella...

Elisa.—Callate, Arturo, callate... que hablás como si estuvierais loco, ¿qué tenés?...

Arturo. — Oh! yo no se como explicarme lo que tengo... pero todas estas ideas aquí me duelen, me duelen con un dolor sordo, horrible... Estoy enfermo, muy enfermo Elisa... Tengo el cerebro dolorido, dolorido... Tener inteligencia!... saber comprender! Esa es la más horrible de todas las enfermedades... Sí, la inteligencia duele, duele mucho, quema como una llaga.

Elisa.—Basta Arturo, basta... No te pongás así que me hacés daño... que me vas á hacer llorar...

Arturo.—Llorar!... Llorar mujer... que más me enloquece el verte así... El pensar que tengo que echarme á rodar por ahí, dejándote con toda esta carga de miseria encima... yo que había soñado para vos todo lo grande, toda la dicha que se puede dar á una mujer para dártela. (Pausa dolorosa).

¿Es Jelito en un hombre que es fuerte, en un hombre que trabaja hasta matarse, el querer su mujer para el solo, el no querer que sea esclava de nadie? no tiene el infeliz derecho á eso... Ya lo ves. Eso era lo que yo quise, y ahora en vez de eso tengo que dejarte sola con toda esta carga de la miseria sobre tu pobre espalda de mujer. Con la maldición de tu cara de muñeca... Irme por ahí á buscar donde el destino quiera darme un refugio.

Elisa.—No digás eso Arturo. Después de todo, no te mandan á un país extraño, te mandan á tu país...

Arturo.—A mi país!... A mi país!... Me echan de aquí, de esta tierra para mandarme á mi país... Eso sí que es lo injusto, que es lo horrible. Yo quiero á España, se que es mi patria porque nací allí, yo no reniego de eso, pero, se justa Elisa... ¿A vos no te parece que puede ser ese mi país?... El país de donde echaron á mi pobre madre conmigo en brazos... de donde me echaron antes de que supiera hablar, del que no se nada más que una historia de pena y de muchas lágrimas y de muchos sufrimientos.

¿Te parece que puede ser ese mi país? Mi país es este... este que busco mi madre para patria mía, este donde malo ó bueno me crié, donde sufrí, donde fui dichoso, donde estás vos. Este, este es mi país y de él me echan. Pero no quiero quejarme porque eso es mi destino. Ya lo ves... de allá, cuando todavía no sabía ni reírle á mi madre me echaron por el solo delito de haber nacido, y es tanta mi culpa de vivir como esta culpa mía por la que de aquí me echan... Esta culpa de ser hijo de la injusticia, pero hijo fuerte, que se revela al yugo... de tenerlo en mi carne desde que se formó, de ha-

ber visto muchas, muchas cosas horribles en la vida... de sentirlo y comprenderlo todo y ser tan hombre que no puedo resignarme... De no querer ser esclavo, de tener lástima de los que lo son, de que la verdad que siento en mí se me suba á la boca en palabras tan llenas de verdad, tan llenas de fé, tan amplias, tan hermosas que tengan que hacerse nervio en la carne del que me las oiga. Y que tendré que decirlo y que gritarlo siempre y en todas partes donde vea lo mismo... y todos los que me oigan tendrán que revelarse como yo.

Elisa.—Callate, callate Arturo. No digas disparates: bueno, si querés serlo, lo vas á ser siempre... Vos sos inteligente, vos sabés de todo, vas á poder vivir bien, vas á poder trabajar.

Arturo.—Trabajar!... ser bueno! Me dan ganas de reirme, si de reirme, Elisa. No te has dado cuenta todavía de que yo soy la semilla de rebeldía, el loco peligroso, al que se echa porque es el enemigo de todo, porque va contra todo: porque hay que ponerse en guardia contra él. Y no sabés que eso es decirle á un hombre bueno, lleno de nobleza, de piedad para todo, de una rebeldía que si es cruel es porque está hecha de amor á todo lo dolorido. No sabés que eso es decirle, anda á rodar... todos te temerán de todas partes, te echarán. No podrás trabajar aun que quieras hacerlo... tendrás para hallar refugio en un rincón que cambiarte hasta el nombre como si fueras asesino, y cuando sepan el tuyo te dirán. Anda, anda... pobre Ashaverus, si tienes hambre roba, mata... vuélvete ahora de veras enemigo de todo. Y le habrán echado tanta amargura, tanta semilla de rencor y de odio en el alma que conseguirán hacerlo de verdad el que ellos mienten que es

Y eso, á mí, por mí, no me importaría... Me importa por vos que así te pierdo para siempre...

Elisa. — (*retorciéndose las manos desesperada en una espantosa indecisión llena de angustia*) Ay! yo tengo miedo de dejarte ir solo así y no puedo, no puedo irme con vos Como voy á dejar á mi pobre gente sola. Pero te hago tanta falta. Oh! si yo me fuese ahora no le tendríamos miedo á nada, seríamos dos á luchar, trabajaría yo también, nos haríamos allá nuestra felicidad.

Arturo.—Si Elisa, si, venite conmigo Elisa, no me dejes solo. Vos sos lo único que yo tengo en la vida, vos me habías prometido venirte... (*Llorá.*)

Elisa.—(*Tras un momento de horrible indecisión*). No puedo, es inútil. No puedo dejar á mi pobre gente sola. A la pobrecita de la Gurisa. Como me voy á ir estando así la chiquilina y no teniendo ellos más que mis manos? A vos te hago falta Arturo, mucha falta... pero á ellos, á ellos no sabés vos toda la falta que les hago. (*El apoya su cabeza en el hombro de Eli-*

sa llorando. Pausa). Yo creía que cuando llegara esto iba ya á estar sana la Gurisa. Pero así es inútil, no puedo dejarlos así, no puedo.

Arturo. — Si, quedate, quedate, tenés razón, quedate.

Elisa.—(*Sacándose los aros, anillo y cadenita con medalla*). Si, chiquito, me quedo, aunque tenía tan seguro el irme. Esto no había querido venderlo. Lo guardaba para tener para el viaje. Pero, Pero tomalos vos, tomalos, vos me los habías regalado, vendelos vos, te darán poco, pero para vivir los primeros días que llegues, tomalos. (*El sin hablar, con un movimiento de horror instintivo los rechaza*).

Elisa.—Si, tomalos. No has dicho muchas veces que todo lo que teníamos era de los dos. Tomalos. No soy mucho más que si fuera tu mujer? (*Mientras habla esto le mete todo en el bolsillo y recuesta otra vez la cabeza de él en su hombro y acariciándole la frente y el cabello sigue habiéndole*). Oíme tranquilo, quietito así... Andate sin sufrir, sé razonable, sé buenito... sacate todas esas ideas de libros de la cabeza que mirá todo el daño que te han hecho. Esas ideas son maldiciones para el trabajador que lo ve que es y por más que haga no puede librarse. Es verdad, es verdad lo que decís, pero es una verdad tan triste que más vale que no la sspan. Después cuando se sane, ó seamos francos, cuando se muera la pobrecita chica, que muy poco muy poco nos va á durar: cuando vuelvan á estar todos tranquilos, cuando mi tata vuelva á poder ganar... yo entonces me voy donde estés vos, y una vez juntos verás como volvés á tener confianza en todo; como somos todavía más felices que antes. (*El alza la cabeza ya casi tranquilo mirándola como con creencia de que sea verdad lo que la fuerte le dice. Elisa sigue*). Ves, ves, como tengo razón? Ves que es un disparate el desesperarse. Ya estás tranquilizándote. Mirá; ni seis meses tal vez estaremos separados... Y allá cuando nos juntemos, por mas pobres, por más desgraciados que seamos, podremos reirnos de todo, porque estaremos juntos. ¿Ves como tengo razón? Ahora besame, besame se dichoso... Vos no sos desgraciado, no tenés porque desesperarte así ¿Te echan? Miralos con lástima vos de ellos y reirte. Si es mentira; si no te echan... si tu alma queda aquí, y á esa no hay ley que pueda sacarla de mi alma. ¿Decís que te condenan á vagar? Te desesperás por este pedazo de tierra cuando te queda todo el mundo para vos, y en toda la tierra tener la libertad. No vas solo, porque llevás con vos todo mi amor. ¿Y que te importa á vos nada si yo te quiero? No me decías siempre que te sentías el rey de la vida en el trono blanco de mis brazos? Serás el rey, mi rey, que el trono de mis brazos lo tendrás siempre! Reíte vos de esos que te echan, de esos, que son ricos, de esos que han roto nuestra dicha. ¿Vos te creés que ellos son ricos Vos te creés

que ellos son felices? Yo te lo he dicho siempre, chiquito. Tal vez sean mucho más desgraciados que nosotros. No son ricos, tienen dinero, y el dinero es una amarra de estupidez. Tal vez no tengan ni quien los quiera, ni hayan querido nunca. Y cuando se quiere, hasta esto es bello. Cuando se tiene el alma sana, cuando no se ha hecho nunca mal, no puede, no puede, no puede uno sentirse desgraciado. Ya ves yo no me siento infeliz, al contrario, me siento fuerte, muy fuerte, no tengo miedo de nada.

—Esos que vos odiás contra los que has ido, se vengan y te castigan: están en su derecho. No les guardés rencor, teneles lástima, que es un castigo ridículo el de ellos... Si, mi alma ridículo. Yo comprendo que vos sos la verdad y ellos lo comprenden como yo, es por eso que amparándose en su fuerza te echan... por eso aún que te oyeran te echarían igual. Si, son más desgraciados que vos porque tienen el alma chata, chata, mezquina. No cabe en ellos ninguna de estas cosas tan grandes y tan bellas que nosotros sabemos. Son unos pobres muñecos esponjados de orgullo que no saben ni siquiera sufrir. Teneles lástima. La vida de ellos está llena de dorados, de cosas huecas. La de nosotros es humilde, pero es abierta, es franca, es buena... La de ellos no tiene horizontes. Por todos lados está cercada de vallas de mamarracho, hechas de su misma estupidez, de su misma mezquindad de alma, de su mismo orgullo de ratones... La de nosotros, la de los humildes, es amplia, es grande, no tiene vallados, tenemos á un lado el campo abierto, al otro el mar y por arriba el cielo para cubrírnos. Ellos están atados al pedazo de tierra que se creen que es suyo, nosotros, como no tenemos nada, no tenemos amarra y es de nosotros el mundo entero es nuestra divina libertad de pobres, es nuestra alta y hermosa libertad de miserables y de vagabundos!...

Arturo. — (Asombrado al oírlo). Pero Elisa ¿de donde sacás esas cosas? ¿Quien te las ha enseñado?

Elisa. — Vos, vos que me has enseñado á querer... y ellos, ellos que me han enseñado á sufrir.

Arturo. — Si, tenés razón: decís la verdad. Yo lo tengo todo, pero es porque te tengo á vos y como vos no hay otra mujer en el mundo. Ahora griaría. Bendita sea la ley que me sella y me separa, de los otros hombres! Bendito su sello que no es infame que es de gloria! Bendita la injusticia porque ella me hace acabar de conocer. Saber de veras lo que vos sos...

Elisa. — Callate... No volváis á disparatar. Todas las mujeres somos iguales: solamente que yo quiero, que te quiero. Y cuando una mujer, una pobre mujer llega á querer. Entonces se hace fuerte, se hace grande, se hace diosa, hace que

sea carne en ella el ideal del hombre que ella quiere.

Arturo. — Santa, bendita, buena, madrecita.

Elisa. — Callate, quedate así, quedate así. (Vuelve á abrazarlo contra su pecho).

Julia. — (Saliendo). Arturo, ya están las cosas prontas (riendo con amargura al verlos). Siempre ustedes iguales! (Va hacia los otros).

Arturo. — (Levanta la cabeza y con un esfuerzo sobrehumano de voluntad se desprende. En esta última escena sobre todo deben los artistas poner toda su enjundia y darle en gestos la realidad para la que son impotentes las palabras). (Todos los que están á la escena salen á la calle con el baúl). Bueno, ya está, tengo que irme... Adiós, adiós mi alma... (Se levantan abrazándose más estrechamente aún).

Elisa. — No adíos no... Hasta siempre, hasta luego... separémonos sin pena con alegría... hasta luego, hasta siempre. (Se besan). Se bueno, se fuerte, acordate de mi. (Desprendiéndose del abrazo). Anda, anda... fuerte como tu Elisa te quiere. (Volviendo á besarlo). Tomá... anda, no mires para atrás. (Sale él andando como automáticamente, sin alma, despacio y á ella en un enorme vencimiento de dolor le gritan las entrañas).

Elisa. — Arturo!...

Arturo. — Qué, mi alma?

Elisa. — Dame otro beso, Arturo... otro... mirá, no creas que soy cobarde, no creas que mi alma tiene miedo de nada, ni que sufre. Pero, no se... Me duele todo como si estuvieras atado á mi y al alejarte me arrancarás pedazos de la carne... Bésame, bésame mucho... dame un beso tan grande que me lleves toda entera adentro de él. (Se besan largamente, con toda el alma y toda la vida... se separan... él loco, le besa las manos y sale corriendo para no claudicar más aun. Cae ella de rodillas llorando, gimiendo. Pasa un rato, algo más serena se levanta, va á la puerta y ya no lo ve... Julia, mientras estaba Elisa llorando en el suelo, ha pasado llorando para la pieza, consolada por Doña Petrona que lagrimea también... Al volver de la puerta Elisa, muda de dolor, ve sobre la máquina el atado que traía de la calle. Piensa que hay que trabajar, que hay que comer, que la chica está enferma. Y media enloquecida vence el dolor y se sienta en la máquina y cose, llorando, con sollozos que la sacuden entera, por su amor y su dicha que se van, rompiendo su máscara de serena, sufriendo más que si fuera débil).

ACTO III — La Vencida

DECORADO

La escena representa la misma habitación del primer acto pero destartalada, vacía. Solo hay en ella la camita de hierro en el ángulo izquierdo deshecha como si recién se hubiera levantado alguien; dos colchones arrollados en un rincón como de hacer camas en el suelo, la mesa de planchar que tiene cajón por el lado del foro, en medio, varias sillas, un aparadorcito chiquito de cocina al frente y un cajón con ropas y cosas amontonadas, contra la mesa del lado del público un banco largo. Debe dar el cuarto una sensación fuerte de angustia y de miseria. Para Elisa debe ser muy sentido el papel y debe comprender la psicología honda del personaje que encarna para darle en sus gestos toda la fuerza que no conseguirían las palabras.

Sus aptitudes y su angustia, toda callada, su enorme vencimiento anterior, siempre serena, su lucha espantosa contra la caída que no puede evitar, el saber que es su obligación sacrificarse y una como doble personalidad que vive en ella, sobretodo en la escena donde prepara sus ropas para la salida de la noche inconsciente de lo que hace sin que intervenga para nada en ello la voluntad, todo eso, queda á la inteligencia de la actriz, que sintiendo mucho el papel, solamente conseguirá darle toda la belleza y la fuerza de la heroína se ha querido forjar el autor. Igual para las demás partes. En el transcurso del acto pasa todo el día. Al levantarse el telón figura que son las primeras horas de la mañana. Sobre la mesa, en medio de la escena, el juego de ropa blanca con cintas rosa que Elisa cosía en las alpargatas á medio coser como de ocuparse en ese trabajo y una taza sobre el armario, un cantarito de poner leche. Detrás de la mesa Elisa habla con su madre, teniendo en la mano el vestido rosa de la Gurisa.

ESCENA I

Elisa y doña Mariana

Elisa. — No mama, no. La Gurisa se muere de pena si se lo venden.

Mariana. — (Con un pañuelo blanco hecho vincha en la cabeza como se atan las criollas cuando les duele la cabeza). Pero hay que hacer algo hija. Hoy no tenemos nada, nada, y solo quedan estos centavos. Hay que comer, además el carnicero...

Elisa. — (Tirando el vestido sobre la mesa). Y que se cree que nos van á dar por esto, ma-

ma?... Un vestido usado y de seda ordinaria.

Mariana. — Entonces... La pulserita de ella...

Elisa. — Cállese con eso. Una cosa que nueva no valía nada. Y además la único que le queda á la pobrecita. Vendo más bien mi juego de novia. ¡Qué le voy á hacer? Para algo lo he ido conservando hasta ahora!...

Mariana. — Si hija... ¡Qué le vas á hacer! Ésto es lo único que queda. No hay nada, no hay nada ya que podamos vender. Ya ves, de la ropa que te hiciste vos, solo esto. Y hay que sacar plata de algún lado mi hija. La pobrecita ni pastillas para la tos que tanto la calman, tiene... no se le puede hacer ni un caldito.

Elisa. — Bueno, mama... cálese. Si, lo voy á vender. Pero cuando se acabe el dinero este... ¿qué hacemos?... No queda nada ya. Lo que tenemos que pagar si sacamos algo para poder tirar dos ó tres días ¿y después?

Mariana. — Después... mirá hija, después Dios no nos va á faltar... de hambre no se muere nadie. En algo hay que tener esperanza. Vale más que te vayas pronto á vender ésto.

Elisa. — No, no... primero traigo la leche para la Gurisa y después voy. (Agarra el cantarito del armario). ¿Cuánto me dijo que tenía?

Mariana. — (Sacando una moneda del bolsillo). Toma hija, son veinte centavos, traele la leche y unos bizcochitos...

Elisa. — Bueno, voy... Mire, ahí en el armario, abajo hay yerba y unas galletas... Hasta luego...

(Sale Elisa. Doña Mariana queda sola de pie en la habitación un momento. Mira á su alrededor y dando un suspiro se va á la cama que destiende sacudiendo las ropas y poniéndolas sobre una silla; abre luego el armario y saca un paquete chico de yerba y un plato con galletas, y tomando la tasa de la mesa sale para la cocina. Queda la escena sola un momento y entra Julia con su traje de mucama: casi corriendo y toda despelujada).

ESCENA II

Doña Mariana, Julia después Elisa, después don Mauricio, después la Gurisa.

(Entra Julia y se sienta en una silla al lado de la mesa, apoyando en ésta los brazos entre los que esconde la cara. Doña Mariana entra con la escoba y una salivadera que pone al lado de la cama. Al volverse para empezar á barrer la ve).

Mariana. — ¡Oh!... ¿qué hacés vos acá?... ¿cuándo viniste?

(Julia alza la cara y como inconsciente la mira sin contestarle).

Mariana. — Contestá estúpida ¿qué tenés? ¿Por qué andás con esa cara de asustada? ¿á qué viniste?

Julia. — A nada mama... á quedarme con ustedes... Ya no voy más... Ya no voy más al conchavo!...

Mariana. — Pero ¿estás loca? ¿qué estás diciendo?

Julia. — Le dije claro mama, que vengo á quedarme que no voy más.

Mariana. — Pero hija!... Sabes vos lo que decís? No sabés que no es por gusto que estás conchavada sino porque hace falta?

Julia. — No me importa nada á mí... No voy porque no quiero, porque no quiero...

Mariana. — Entonces vos te has creído que están los tiempos como para caprichos... No, che, tenés que ir, y más que ligero.

Julia. — No mama... ya no puedo aguantar más, mateme si quiere pero no me haga ir... No puedo, no puedo aguantar más, mama.

Mariana. — Pero hija, vos estás loca... Ahora con orgullos... No sabés que cuando hace falta hay que soportarlo todo? Y además... acá no podés quedarte... Mira hoy no tenemos ni que comer.

Julia. — Y á mí que me importa no tener que comer?... No me eche!... déjenme aquí; si no alcanza no comeré nada... Me meteré en un rincón para no estorbar... Pero alla no voy y no voy más... (*Llora*).

Mariana. — Muchacha loca... cállate... en tu casa vos no fastidiás y si hay un pedazo de pan para vos también alcanza. Pero comprende hijita, comprende la razón.

(*Entra en este momento Elisa con el cantarito de leche y un paquetito que pone sobre la mesa y casi detrás de ella don Mauricio, que queda escuchando de pie en la puerta sin que las mujeres se hayan dado cuenta de su presencia*).

Elisa. — Qué hay? ¿Qué les pasa?... ¿Qué les pasa?... ¿Qué hacés vos acá lloriqueando?

Mariana. — Qué querés que pase hija? Que acá está la niña del todo con la noticia de que no va más al conchavo... Era lo único que nos faltaba.

Elisa. — Pero ¿qué bicho te ha picado? ¿Te han despedido?... ó estás loca?

Julia. — No me han echado, no... no saben nada...

Doña Mariana. — Caprichos, caprichos, como siempre... y ella sabe bien que no están los tiempos como para caprichos...

Julia. — No mamá... caprichos no... No es eso. Ya le he dicho que no puedo aguantar más, que no puedo, que no quiero.

Elisa. — Tenés que querer y tenés que poder Geremías! Siempre con las lágrimas pegaditas á las pestañas y acobardándose de todo... Que señorita la que no quiere aguantar. Estás mil veces mejor que nosotros que no tenemos ni que comer... Te has cansado de decirme todos los días que estás contenta, que te tratan bien, que todos son buenos... y nos salimos ahora con

esta... Una lunita como las que acostumbrás. Las lunas se dejan para su casa y para cuando uno no necesita de nadie... El que trabaja tiene que aguantar muchas, pero muchísimas cosas y embromarse porque necesita. Bien sabes vos lo que le pasa al que se permite tener pretensiones. Y sobre todo ahora es cuando debes aguantar, ahora más que nunca... aunque sea un mes. Pensá en nosotros, en la chica, en la falta que hace tu trabajo.

Julia. — No. Elisa, no me digas esas cosas, no me retes, no es capricho. Y después de todo... no se porque no lo voy á decir... Vos decís que yo soy cobarde, que me asusto de todo... Oh, Elisa... Vos no me conocés. Si vos supieras todo lo que he pasado en esa casa... todas las vergüenzas... todas las humillaciones... si vos te imaginaras. Yo pensaba en ustedes y lo aguantaba todo, todo, y no quería decirles nada para que no se afligieran más de lo que estaban. Pero anoche, oh, mamá... anoche el niño Raúl me tiró al suelo la puerta del cuarto... Yo sabía que iba á hacer eso y no me había acostado, y tranquilé la puerta con sillas y con el baúl...

El anduvo toda la noche como perro rabioso por el corredor, y yo sentada en la orilla de la cama... temblando de rabia y de miedo, sin animarme á moverme, sin dormir... El me gritaba... Si supieran todo lo que me dijo!... Y á la madrugada yo no se como hizo que rompió la puerta y se metió en la pieza (*Llora*).

Mariana. — (*ansiosa*). Y qué m'hija, y qué?

Julia. — Nada. No se asuste mamá... pude defenderme de él... lo he lastimado todo, le dejé la cara á la miseria, llena de sangre y no se como pude salir corriendo á la calle; he andado dando vueltas hasta ahora para no llegar así tan temprano y que se asustara la Gurisa...

No vuelvo más mamá, ni á buscar los trapos quiera, y aunque me muera no me conchavo más.

Elisa. — Pero Julia, en otra parte, pensá querida...

Don Mauricio. — (*Al que ellas no habían visto se adelanta y habla entonces en un acceso espantoso de desesperación*) No m'hija, no (*A Elisa*) Callate vos... no vuelve, no vuelve, ni se conchava, ni sale ninguna de casa aunque tenga que verlas morir aquí á todas juntas de miseria. Pobre m'hija. (*Canejo!... á ese guacho lo mataría yo!...*) (*Una pausa dolorosa*).

Ustedes mujeres no comprenden lo que es esto no lo pueden comprender... Que saben ustedes de la desesperación del hombre, que siendo un hombre ve todo esto sin poder hacer nada, nada, nada... Después de haber trabajado siempre, de haber sido honrado, de haber estado siempre orgulloso de que sus hijas fueran las primeras de que no les faltara nada, de que nadie tuviera que decir nada de ellas. Y estar, así con las manos atadas viviendo á costillas de las po-

bres muchachas que ya no pueden más. Tener que largarlas, á servir por ahí como si no tuvieran padre que trabajara para ellas, exponerlas á que cualquier canalla mal nacido las atropelle porque son desgraciadas, porque son pobres.

Mariana. — Pero Mauricio...

Don Mauricio. — (*Sin hacerle caso*). Ver á la chiquilina, á la que mas he querido siempre, para la que todo me ha parecido poco, que ha trabajado tanto la pobrecita y que se muere faltándole todo... pasando hasta hambres para morir-se más pronto.

Elisa. — Cállese tata que la chica puede estar oyendo, no diga disparates... que cuando se pone así, no sabe ni lo que dice.

Don Mauricio. — Ya lo creo que se lo que digo, que no son disparates. Verlas hundidas por culpa mía, por mi egoismo enferma la chiquilina.

Elisa. — Cállese... que va á saber lo que dice... de la enfermedad de la chica no tiene la culpa más que la desgracia... que ha sido débil... cuando menos es ella la única que trabaja... De lo demás, de todo soy yo... es Arturo que por mí...

Don Mauricio. — Arturo!... Que culpa va á tener de nada el pobre Arturo... él, que es quien mas la paga... Todo es la canallería, la inmundicia, la porquería de la vida... Oh, el gobierno... que echa como si fueran ladrones, como si fueran asesinos á los hombres buenos, honrados, trabajadores si quieren tener ideas, si quieren ser hombres y no máquinas, todo porque nacieron en otro país, y los deja aquí, y no se muere de vergüenza de que sean argentinos toda esas cáscaras de hombres... esos asquerosos muchachitos inútiles que no hablan de justicia, de igualdad y de trabajo... que no tienen ideas para redimir desgraciados ni para alzar hermanos, pero la tienen para probarse un saco, para estrenar una corbata, para hablar mal del prójimo, para deshonorar mujeres... para perseguir y acosar infelices porque son desgraciadas, porque son pobres, porque tienen que rodar en la vida buscando el zoquete!...

Julia. — Tata, por Dios.

D. Mauricio. — Deshonrarlas! Eso no es nada... De que vale el alma y el corazón de una infeliz, por más joven, por más linda, por más buena que sea?... Caridad, sociedad... gobierno. Canejo! si todo esto da asco. Y después no quieren que haya locos que tiren dinamita. Siquiera esos son hombres... esos son machos.

Mariana. — Basta Mauricio, callate ya.

Elisa. — Si tata... no escandalice que no sabe ni lo que está diciendo...

Don Mauricio. — No hija, es que me ahogo. eso y mucho más se me ata aquí, y sino lo gritara me enloquecía... ¿Qué hombre... hombre puede aguantar el verse como yo. Lo

que debía de hacer es tener el coraje, de colgarme de cualquier palo ó de hacerme saltar los sesos. Ahijuna!... Mis hijas, mis tres hijas queridas! lo único que era la gloria de toda mi vida... Para que... ¿para qué habré hecho hijas yo...? ¡Para la calle y para el cementerio! ¡Para eso los pobres hacemos hijos!

(*En ese momento entra la Gurisa á gatas sosteniéndose, un espectro al que faltan pocos días para el fin*)

Gurisa. — (*Desde la puerta apoyada*). Tatita Tatita!... ¿qué tiene tatita?... ¿Porqué está así?

Don Mauricio. — (*En un choque enorme de horror contra sus rabias*) M'hija!!! (*Se tira en la silla donde al entrar se sentó Julia*).

(*Doña Mariana que corre á sostenerla*). Gurisita del alma. ¿Cómo pudiste venir solita? M'hijita, que si te hubieras caído. (*La atiende en la tos*). ¿Se le pasa m'hija?

Gurisa. — (*Rechazándola y andando sola hasta su padre*) Si, ya pasó, déjeme, si puedo andar bien... Lo sentí á tatita... ¿que le pasa tatita, que le pasa?

Don Mauricio. — Nada m'hija, nada!...

Gurisa. — Si, usted tenía algo yo le sentí y por eso me vine... Me habían dejado sola. (*La ve á Julia*) Ah! Vos has venido? que le digistes que él está así?

Julia. — Nada Gurisa, nada, fué que él estaba contando una cosa.

Elisa. — Si, estaba acordándose de Arturo y ya sabes que siempre que habla de él se pone así. ¿A qué te asustas?

Gurisa. — Si no me asusto... es que me da pena... No piense tatita... no piense... Venga, venga con su hijita para la cocina y siga contando ese cuentito tan lindo, venga...

Mariana. — Vení Gurisa, conmigo, yo te llevo, enseguida viene tatita... Vámonos.

Gurisa. — Bueno, pero que él venga con nosotros... Venga tatita.

Don Mauricio. — (*A Julia*) Venga usted también m'hija. Va á ver como en su casa está tranquila. Ha hecho bien en venirse, ha necho bien...

ESCENA III

Elisa, después doña Braulia

(*Salen todos menos Elisa que queda mirándolos irse y luego tras un rato de inmovilidad se encoge de hombros y se vuelve como en una burla dolorosa de su pensamiento, como sin fuerzas ya para luchar. Atraziesa lentamente la escena y en silencio se pone á hacer la cama. Mientras está haciéndola aparece doña Braulia y se pone desde la puerta á mirarla monologando. Elisa no la ve hasta que después de terminar se vuelve para salir*).

Braulia. — Por fin me la pesco sola á esta bi-

cha. Lo que tiene que hacer una por servir á las amistades! Hablarla á la marquesa cuando por mi gusto lo que haría era arrancarle los pelos. Qué será lo que le gusta al doctor de esta tarasca... Con que ganas me voy á reir cuando te vea del alto de la tierra...! cuando ya no podás darte *quierte* conmigo, gata hambrienta!...

(*Calla mirándola entre burlona y amenazadora. Elisa termina y al volverse para salir se topa con ella*)

Braulia. — Buen día, hijita.

Elisa. — Buen día señora ¿qué es lo que quiere?

Braulia. — Nada hija, que tengo necesidad de hablar un momento con vos... Ni que se te hubiera aparecido el diablo lo mirarías de un modo peor. Todavía te duran conmigo los choros?

Elisa. — Mire doña Braulia... Yo no tengo choros con nadie ¿entiende? Pero ya sabe que le he dicho que no quiero, que no quiero verla más adentro mi pieza. Por favor, salga doña Braulia, salga.

Braulia. — Mira hija, dejate de nerviosidades que no te pegan ¿sabes? Yo vengo por los recibos del alquiler de las piezas... me parece que podías agradecerme un poco, que no los molestos nunca... y eso que ya me deben más de tres meses y que al patron no le gusta que se atrasen, y soy yo la que paso las vergüenzas. Debías pensar un poco, antes de hacerme esas cosas... Vos sabes bien que yo siempre las he querido, que por hacerte caso á vos ni le cobro á don Mauricio, ni les digo nada y eso que vos no mereces que te tenga lástima, porque seguramente te crees que sos la reina de Italia, ó cosa por el estilo... El modito con que tratas á la gente.

Elisa. — Yo trato con los modos que cada uno se merece ¿sabe? Le he dicho que me espere... que de algún modo le voy á pagar todo. Y si no quiere esperar nos echa ¿oye? Pero salga, salga lijero, doña Braulia!

Braulia. — Pero hijita... ¿porque sos así? Porque tenés esas nerviosidades? Yo no te digo nada, ni te exijo tampoco que me pagues. Cuando puedan lo hacen... yo esperaré... Yo venía por ver. Y además, hija, te voy á ser franca. Ya sabes que yo tengo siempre el corazón en la mano. Venía para ofrecerte con la misma amistad que antes, que no te guardo rencor ninguno... La Gurisa está enferma, ustedes no se ven muy bien y pueden contar conmigo como siempre. No es por cobrarte la casa que tengo orden de no molestarte para nada. Y no creo que yo te haya hecho ninguna ofensa nunca para que seas así conmigo.

Elisa. — Sí, doña Braulia, disculpe, pero yo tengo mi genio, como usted el suyo. No me ha ofendido, no crea. Es que no quiero verla en mi cuarto, que no la quiero ver.

Braulia. — Bueno hija, ya me voy, ya me voy, pero antes tengo que darte esta carta que me ha dado el doctor para vos.

Elisa. — (*Sin dominarse ya porque no puede más*). Salga, salga lijero, ya sabía yo que venía con algún alcahuetaje, vieja canalla, salga, salga.

Braulia. — Bueno, hija ya me voy, ya me voy. No te pongas así, yo no tengo la culpa... A mí me la han dado... Si no te gusta no la leas... pero yo cumplo con el encargo. Aquí te la dejo. (*Le pone sobre la mesa*).

Elisa. — (*Mirándola con horror como si quemara no queriéndola tocar*). Llévesela, no la necesito, no la quiero, váyase. (*Hace ademán de echarse sobre ella para sacarla á empujones y la vieja se parapeta detrás de una silla*).

Braulia. — Mirá ché... No me atropellés ¿eh? Oíme y si no te gusta no me hagas caso. Yo te aconsejo para tu bien porque las quiero y les tengo lástima...

Elisa. — No necesito de su lástima ni de su cariño... salga...

Braulia. — Ya lo creo que necesitas, hasta de un perro, estúpida... Me haces dar lástima... Oíme... Si no las han echado de la casa ha sido por el doctor. Vos te crees que sin pagar y con una tísica encima para infección y contagio las iban á dejar vivir aquí por tu linda cara. P'chá que sos idiota! Vengo de pagarles la cuenta de la carnicería y la casa también está paga... El doctor no quería que yo te dijera nada y si lo hago es para que veas que no te pegan los orgullos. Y lo bueno que es, y lo que te quiere el pobre. No seas loca, hacele caso... La suerte no se encuentra dos veces. Y qué otra cosa podés esperar vos? O lo esperarás al Presidente? (*Elisa al oirla se queda como paralizada de vergüenza, de asombro, de rabia que no la deja hablar, inmóvil mirándola. Envalentonada la vieja con el silencio, sigue*): Ya ves como te has callado. Ya ves como tengo razón. Hay que saber entender la vida, ché. Tené confianza conmigo. Olvidate de esos orgullos y verás como te va á ir lo más bien. No tiene necesidad de enterarse nadie. Yo te voy á guardar el secreto. Vos salís conmigo y juntas volvemos. Verás como no te va á faltar nada. Vas á tener todo lo que vos quieras. Le vas á tomar cariño lo que lo veas tan bueno, todo lo que te quiere, todo lo que le vas á deber. Y además ahora que te veo ir entrando en razón yo te digo... Te quiere tanto que es capaz de casarse con vos si le demostrás un poquito de cariño. No se cuantos miles me ha dicho que te va á dar esta noche. Ahí en la carta dice. Leela... (*Elisa siempre inmóvil ahogada de desesperación ni le contesta, solo la mira con los ojos muy abiertos y muy fijos y retorciéndose las manos*): Ves como yo soy buena amiga, por mas cosas que me hagás. Yo también he sido muchacha... y ahora aunque no tan moza... todavía se querer. Poco á poco vas

a ir olvidándote del Arturo.

Elisa. — (Al choque del nombre querido despierta de su angustia muda, y como loca grita más que habla). Cállese, cállese, no lo nombre, no lo nombre usted á él si no quiere que me enloquezca, que la deshaga... salga... salga ligero... Casarme con ese... Prefiero lo otro!... (Al ver que no sale doña Braulia hace ademán otra vez de irse sobre ella). Salga, salga doña Braulia, por favor... salga...

Braulia. — (Retirándose hacia la puerta para evitarla): Pero ché, respeta... no me toques... ya me voy... Mirá, acordate que no te guardo rencor (Desde la puerta) Lee la carta. Ya sabes que esta noche te espero en mi pieza, anda con confianza, no seas criatura...

Elisa. — (Sola, enloquecida, como implorando en un gesto de infinita desesperación, de angustia, de debilidad de vencimiento en la lucha): Ay, mi Arturo mi vida! mi gloria! si la vieras á tu reina. A tu Elisa, si la vieras!... (Tirándose en la silla y sollozando con la cara entre las manos y apoyada en la mesa. Se queda así un rato y aparece huroneando la cabeza de doña Braulia por la puerta).

Braulia. — (monologa): No se ha quedado con muchos alientos, no! Corcobeá, corcobeá que te voy domando. Hoy no me rompiste la carta. La que no necesita de la ayuda de nadie mientras tenga manos... já, já, já! La que no necesita. Te espero, si vas á ir, estoy más segura de que vas á ir. Vas á caer á rogarme. El hambre te va á matar el orgullo.

(Hace mutis definitivamente y queda Elisa sola sollozante sobre la mesa, después de sollozar una rato queda callada y quieta, y luego, como respondiendo á su pensamiento y alzando la cabeza).

ESCENA IV

Elisa, después Julia, después la Gurisa,
después doña Mariana

Elisa. — Porque, porqué seré tan desgraciada yo? Que mal habré hecho nunca para que el destino me castigue así? Ya no puedo mas, ya no puedo mas, me duele todo, todo. Arturo, mi Arturo... Ya ni el pensar en vos me da fuerzas para seguir penando... No puedo más... No puedo más... (Vuelve á sollozar y esconder la cara entre los brazos. Pausa. Julia llama desde dentro; á su llamado, y luego mientras habla con ella Elisa se para, disimula, se arregla el pelo, se limpia los ojos y mirando con horror la carta de sobre la mesa; que al mismo tiempo la atrae, abre el cajón y sin tocarla, con las tijeras la echa dentro cerrando luego. Vuelve y se sienta en el banco mirando al público, recostada en la mesa; y así empieza á coser alpargatas de

modo que cuando la otra entre la encuentra trabajando).

Julia. — (desde dentro). Elisa, mamá te llama ¿qué haces que no venís?

Elisa. — Ya voy. Estoy ocupada con esto ¿que querés?

Julia. — Dice mamá que vengas á tomar unos mates, ligero.

Elisa. — No tengo ganas, no quiero, estoy apurada por ver si acabo de una vez.

Julia. — Entonces voy á ayudarte... ¿eh? esperame un momentito!

Elisa. — Bueno mejor... vení! (Entonces es que guarda la carta y se sienta poniéndose á coser. Cuando entra Julia y se para contra la mesa, ella atareada ni levanta los ojos, ni la mira para evitar se los vea enrojecidos. Julia se ha sacado el delantal y se ha puesto una bata clara)

Julia. — (después de un rato de silencio) Decime la verdad ché Elisa ¿no estás enojada conmigo?

Elisa. — No se porque voy á estar enojada, hijita... no pienses pavadas (La mira Julia)

Julia. — Como te veo así... Hasta parece que has llorado.

Elisa. — No... es que me duele la cabeza. Me duele tanto.

Julia. — Yo también me siento mal tengo el cuerpo dolorido y estoy cansada como si hubiera caminado una legua.

Elisa. — (La agarra de una mano). Sentate acá querida, sentate... (La otra se sienta y ella deja un momentito el trabajo para tocarla acariciándola) No es nada... es del susto, del disgusto... de todo junto... ya vas á ver como mañana estás bien... después que descanses.

Julia. — Sí... ¿querés que te ayude? Dame... me parece que voy á poder...

Elisa. — Esto es fácil... puede cualquiera... (Le da la que ella hace) Tomá esta, la hacés como está la otra. (Le enseña de sobre la mesa una terminada y empieza ella otra.)

(Ya sentadas muy juntas sin dejar de trabajar hablan despacio sin muchos gestos con grandes pausas... Mas casi monologan contándose todo...)

Julia. — Mira... sale bien ¡qué fácil! Pero han de pagar muy poco, ¿verdad?

Elisa. — Casi nada... no vale la pena... Y además, como no estoy acostumbrada las hago muy despacio... Ya ves... ayer entregué y comimos... Ahora no puedo entregar hasta mañana, y eso, ayudándome vos... Hoy solo había para la leche de la chiquilina. No hemos comido...

Julia. — Mirá, yo te juro que no he tenido hambre... había galleta. (Pausa)

Elisa. — Es inútil, no tengo gusto por nada; ni ganas de trabajar... ¿para qué?... Me siento y estoy como si me empujaran y tengo que

dejar... ando dando vueltas por la casa como si hubiera perdido algo... Vamos al suelo, Julia, al suelo... Se pierde hasta el gusto de trabajar. Dan ganas de tirarse en un rincón y dejarse morir...

Me da frío cuando pienso que va á acabar este día... y que amanecerá mañana y pasado... y que todos los días hay que comer... en que á la fuerza se tiene que seguir la vida.

Julia. — Pobre Elisa. — yo no se porque, pero vos sos la que cargas con todas las penas... que cosa la vida!... Fijate si estas cosas vinieran de golpe... lo mataban á uno... Vienen de á poquito y uno, hasta parece que se acostumbra que los golpes lo van asonsando, nos quedamos igual. Se ha podido vivir todo este tiempo... Se seguirá viviendo...

Elisa. — No ché... ya no podemos seguir... Esto tiene que reventar por algún lado...

Vos no has estado acá... vos no sabés... De á poquito lo hemos vendido todo... de eso más que de esto hemos vivido... Ya las cosas se acaban. Hoy tenía que ir á vender el vestido rosado de la Gurisa y mi juego de novia... no he ido... ni pensando que por eso iba á sacar plata para comer... A mamá ya le da lástima decirme que vaya... la pobre!... Se cree que es pena que tengo porque es mi juego de novia. No es por eso que tengo pena. Es que pienso que es lo último que queda que cuando se acabe la plata de eso... y después no tengo ganas... no tengo alientos ni para andar un paso.

Julia. — (indecisa). Mira Elisa... Después de todo... Si vos querés voy allá á cobrar los días...

Elisa. — No... no vas... no vas... no se hace nada con eso... (pausa). Si no fuera por tata... ya lo ves al pobre... nos podíamos conchavar las dos.

Julia. — Si... pero no pagan hasta fin de mes... y todo ese tiempo.

Elisa. — O habría que mandarla á la Gurisa al Hospital... Por lo que yo me desespero es por el pobre viejo... Ya lo viste hoy... Siempre por cualquier disgusto se pone así, y peor... ó si no se lo pasa callado triste... amontonado en un rincón y me da miedo, me da miedo imaginarme lo que puede estar pensando. Es capaz de hacer algún disparate.

Julia. — Pobre viejo! tiene razón, quien le hubiera dicho que iba á verse así!

Elisa. — Oh, y á mí? yo que tanto deseaba que pasara el tiempo de una vez, y llegar á estos días pensando en que iban á ser tan felices... que pena!

Julia. — (Exaltándose más y más). A mi no me da pena, á mi, como á tata, me da rabia... rabia... Me dan ganas de gritar y de morder... Oh, Elisa! porque somos buenos, porque somos buenos nos vemos así... Porqué al fin y al cabo que es lo que nosotros debemos?... No estamos sanas y sabemos trabajar?... Hyy que ser sin-

vergüenza para que la vida no lo acose á uno. Pobre Elisa vos la guapa, la que has hecho frente á todo sin creer que la desgracia te iba á poder... Mirá... Sos brava, sos fuerte... pero sos buena y sos honrada... Y siendo buena y honrada, de que te vale tener todo el coraje que tengas si en la vida no se hace nada con la bondad y con la honradez... A veces me dan ganas...

Elisa. — Cállate... cállate, no disparates.

Julia. — Mira donde yo estaba ¿Vos creías que esos eran ricos? Eran más pobres que nosotros, porque debían más plata. Para tenerlo como ellas... La niña rubia... esa linda que vos viste es peor que la última.

Elisa. — ¿Que la última?...

Julia. — Fijate, que vive con un señor viejo muy rico ¿sabés? ese es el que les paga todas las cosas. Y todos ellos saben hasta los varones y estan muy conformes. La madre, ché, La madre, la vieja esa, por tener lujo, que asco! Fijate que el señor se queda siempre allá, y ella, la madre, de mañana, le hace chocolate y se lo manda al cuarto... ¡Yo se lo he llevado tantas veces. Si vos hubieras visto como se aborrecen todos entre ellos... como se peleaban!... sobretodo con la niña los hermanos. Un día ella los echaba. Les decía que si les parecía tan mal lo que ella hacía, que no comieran de ella. Se metió la vieja diciéndole que no les parecía nada pero que debía tener un poco más de disimulo... Vieras como se puso!... todas las cosas que le dijo á la madre... Vos la hubieras oído!... Yo la tuve que llevar al cuarto porque le había dado como un ataque de llanto, que se ahogaba... Pobrequita... mirá... será todo lo que quieran pero es buena. La que llora así, no puede, no puede ser mala... aunque haya hecho eso... No te parece?... (Pausa. Como Elisa calla angustiada, recordando lo suyo Julia sigue): Con que ganas le hubiera dicho á la vieja cuando empezaba á decir gansadas de "chinas" y "aristocracia", que la que se podía ensuciar era yo, que si yo quisiera, al precio que lo tenía ella lo tendría yo también, que si yo no fuera buena no tendría que andar rodando, que tendría como ella vestidos de seda, que no se moriría mi hermana! hasta con hambre; decime, no tengo razón? (Elisa se ha puesto livida y no puede disimular su desesperación) Pero que tenés? que cara! Te has descompuesto? porque estás así? (le agarra las manos) Tenés las manos heladas!

Elisa. — No... no es nada, dejame, lo que me contás eso me daba no se que... no me conmas... cállate... trabajemos. No hablés nada que me duele mucho la cabeza...

(Quedan calladas trabajando un momento, entra la Gurisa que da unos pasos por el cuarto, la pobrequita).

Gurisa. — Que hacen muchachas que no vienen? Porque no van á trabajar allá? Yo tengo

ganas de estar un ratito con ustedes.

Elisa.—(*Levantándose á alcanzarla al mismo tiempo que Julia.*) Pero Gurisa que capricho de andar sola. Te podés caer.

Gurisa.—No; si mamá me trajo hasta la puerta, tata salió y ella se puso á lavar... si yo puedo andar bien.

Julia.—(*Agarrándole del brazo*) Bueno flaquita; venga... siéntese acá con nosotras y nos dice como se halla.

(*Se sientan las tres en el banco con la Gurisa al medio, habla ella con su pobre voz cascavita de moribunda y mucha fatiga, tosiendo. Con esa esperanza de los tísicos de estar fuertes de sanarse pronto.*)

Gurisa.—(*Sentándose*) Me hallo bien... de veras mejor que nunca, mejor que antes que vos te fueras...

Julia.—Sí, te encuentro un poco más gordita.

Gurisa.—Un poco? Mucho!... Solamente que no se que tengo que á mí no me faltan pestes. Me mejoro d una cosa y enseguida tengo otra encima... Toda la mañana me han dolido las piernas y ahora le estaba diciendo á mamá que me parece que están hinchándose.

Elisa.—No habléis tanto que te fatiga... A ver mostrame esas canillas.

Gurisa.—(*riendo*) Mirá, mirá que gordas (*Se levanta la pollera y las enseña hinchadas.*)

Elisa.—Pero esto no es hinchazón zonza... es que estás más gordita... y acostumbrada á verte los chifles.

Julia.—A mí tampoco me parecen hinchadas. (*La Gurisa tiene un acceso de tos que la ahoga Elisa la atiende enderezándola*)

Elisa.—Se te pasa?

Gurisa.—Sí... ya... ya...!

Elisa.—Ves? ves? Por hablar mucho que te fatiga... Estate calladita que esa pícara tos...

Gurisa.—Sí, la tos... esa pícara tos que no se me mejora nunca... A veces me parece que es como idea... Lo que miro las paredes creo que no hay aire y toso... y me parece que me ahogo... que me muero... Ya ves, allá no tosía nunca.

Julia.—Allá era distinto, allá había aire... pero acá... (*Gurisa encantada con el recuerdo de donde vivió tan feliz no resiste la tentación de evocarlo*)

Gurisa.—Oh! Allá era tan lindo!... Vos vieras, Julia... allá yo me moriría á gusto.

Elisa.—Qué decís pavincha? Quien habla de morirse?

Gurisa.—No. Quiero decir que aunque allá me muriera no me importaría. Después que vine me parece todavía peor acá tan encerrado, respiro menos... toso mas... allá vivíamos tan lindo!... Era casi er el campo ¿sabes? Era un rancho pintado de blanco y llenito de enredaderas... Había flores, plantas de rosa... un fresquito á la siesta!... Teníamos una vecina más

buenal... Todas las mañanas me traía un vaso grande de leche recién sacada con tanto así de espuma... Vos vieras que rica... Qué rica es la leche sacada recién... tomarla de mañana tempranito... Deja bigotes de espuma y es dulce, dulce... A veces salíamos en seguida de tomar la leche á caminar... era un aire rico con olor á pasto y á sol que entraba hasta muy adentro en el pecho y lo ensanchaba y daba ganas de vivir mucho... á la fuerza había que estar contenta. Acá nunca estoy bien... Pero siempre pienso que con otros meses que pasara allá me curaba del todo. Se me quitaba este miedo que tengo de morirme...

(*La interrumpe un terrible acceso de tos. Durante la conversación con sus hermanas Elisa ha estado sufriendo lo indecible mirando á veces el cajón donde la carta de la deshonra encerraba la felicidad del fin de la chica. Pensando que si ella lo hiciera salvaría á los suyos.*)

Elisa.—(*sosteniéndola*) A ver leche... alcanza leche, Julia

Julia.—No hay mas, no hay... se acabó...

Elisa.—Entonces agua, pronto...

Gurisa.—(*que al toser llora*). Me ahogo Elisa... Me ahogo... ay... ay Elisa me muero.

Elisa.—No es nada... ya pasa... no te asustes (*Julia alcanza el agua*) tomá, tomá el agua (*La Gurisa va á hablar*). No no hables, te hace mal te cansa...

Julia.—Si flaquita... estese calladita... hable poquito.

Gurisa.—Si no toso porque hablo... es que me parece que se acaba el aire. Allá hablaba mucho y no tosía.

Julia.—Pero era distinto... era distinto.

Elisa.—(*En un arranque inconsciente*). Mirá, cuidate, no hables, ponete guapa para poder ir otra vez... que vas á ir.

Gurisa.—Qué decís?... que voy á ir allá?

Elisa.—Si var á ir. Yo te juro que vas á ir cómo?...

Mariana.—(*entrando*). Venga Gurisa calavera, venga á tomar su leche... Seguro que se ha puesto á conversar como un lorito... que la sentí tosiendo.

Gurisa.—Tosí poquito, poquito, mamá. Ya se me pasó... Mire, oiga. Elisa dice que vamos á ir otra vez allá que me cuide mamita... yo enseguida me sano si voy.

Mariana.—(*Tomándola de un brazo para llevarsela*). Dios lo haga hijita... Dios nos ayude. Venga, vamos á tomar su leche.

Gurisa.—(*Levantándose*). Bueno!... Ay, no puedo casi pisar... (*Se mira las piernas*). Mamá, mire... me parece que las tengo más hinchadas que hoy... me duelen.

Mariana.—(*Disimulando*). No es nada m'hija, son unos dolorcitos que como está flaquita y débil la fastidian más... Ya se le pasará (*á las otras*). Y ustedes por qué no se vienen á coser

afuera? Está obscuro acá, allá es mejor.

..Gurisa. — Si Elisa, vení... así me contás si voy á ir.

Elisa. — Si, vaya querida... ya vamos nosotros. *(Se levanta á arreglar la costura para llevarla).*

Gurisa.—*(Saliendo apoyada en la madre).* Me duelen las piernas mamá... Me pesan...

Julia.—*(La mira salir con dolor y se vuelve á Elisa)* Elisa... cuando á los tísicos se les hinchan las piernas es que se van á morir enseñuida... Elisa, si la Gurisa se muriese ahora...

Elisa.—*(Mala, cruel, con mal modo).* Mirá callate... por favor callate... Agarrá estas cosas y lleválas allá, que ya voy yo á que sigamos trabajando... andá. *(Se sienta y apoya los codos en la mesa con la cabeza entre las manos, Julia asombrada de su actitud sale despacio volviéndose para mirarla).*

ESCENA V

Elisa, después Julia

Elisa sola.—*En esta escena, casi sin palabras, toda en gestos es donde la actriz debe poner toda su enjundia, toda su inteligencia, sintiendo y comprendiendo hondamente su papel. El intenso proceso psicológico el momento horrible en que la infeliz abdica de cuanto le era más querido que la vida comprendiendo que es su obligación perderse, ser mala, todo eso queda librado á la inteligencia de la actriz. Queda un rato largo así, pensando. Se levanta decidida como rompiendo algo y va al cajón del, que que agarra la carta... La remira, vacila..... por fin, con la aguja grande la abre lentamente. La saca y la lee callada con los dientes apretados. Con los ojos fijos en ella monologa...*

Elisa.—Tres mil pesos... una hora... *(Mira á su alrededor la horrible miseria).* Tres mil pesos. *(Rie amargamente).* Trabajando un año hasta de noche, no gano para comer... Con ser mala una hora..... *(Vuelve á reir).* ¡La vida! *(Lentamente guarda la carta y cierra el cajón con la rodila. Queda un largo rato allí inmóvil perdida dentro de si misma.. Automáticamente va al cajón del fondo donde hay trapos, saca la ropa, el vestido, se mira los zapatos. Pone la ropa sobre la mesa, remira el vestido. Si, me va á quedar bien, puedo arreglarlo. Queda un rato co-*

*mo alendada. Reacciona, se retuerce las manos desesperada. Pero si no voy á ir... si no quiero ir. (Pausa larga). Debo, es mi obligación... no te faltó Arturo... no te faltó... Te quiero más que antes... más que nunca, si soy más digna de vos... Si vos sufrieras me abrirías los brazos y me dirías bendita!... Debo... debo por la chica por la chica... Quiero ir... pero no voy á tener valor... soy muy cobarde... Ahora que lo tengo que perder lo quiero más. Debo. Si en mi no es honradez, si es cobardía, si con Arturo lo habría hecho, lo quería hacer... este porque lo odio... porque me da asco... Mejor odiándolo... mejor cuanto más sufra, para hacerlo! Así no es faltarte Arturo... no es traicionarte... *(El llanto la ahoga, mira la ropa).* Arturo de mi alma!... la ropa que me hice con la plata que vos ganaste... la que vos me ayudaste á hacer, Arturo! *(Vencida por fin se dobla sobre la ropa besándola, llorando con gemidos, con sollozos hondos acompasados que le sacuden toda entera).**

Julia.—*(Viene llamándola desde fuera, entra).* Ché, que hacés, que no venís? la Gurisa te llama, ¿estás llorando? ¿qué tenés? *(Al acercarse ve la ropa).* Ah!... Pobre Elisa, pobrecita. *(Se le llenan también de lágrimas los ojos y le acaricia la cabeza).* Pobrecita Elisa, querida... tu juego de novia!

Elisa.—No llores, ¿que te importa á vos? ¿Para que llorar? Yo ya no voy á llorar más en toda mi vida. Vamos, vamos afuera; á coser no. estoy harta Julia, harta, cansada de miseria, no puedo más, á coser no, no... para qué? A tomar aire, que me ahogo, vamos. *(Hace como que se retira y vuelve).*

Julia.—Pobre Elisa!... pobrecita... lo vas á ir á vender ahora?

Elisa.—*(Se rie, se vuelve loca, se tira sobre la ropa, vencida, rota y sin su dominio de altísima sobre si misma, riendo, riendo, riendo... Si ahora- auca- .spar que portodos nuestros anteuasoros ra lo voy á ir á vender, ahora, á la noche, y bien caro lo voy á vender, más caro de lo que nadie se imagina, más caro... Ahora, ahora á la noche, voy á ir á venderlo... Pero sin esto, sin esto que Arturo le puso... sin esto. (Riendo y llorando y besando la ropa le arranca á tirones las cintas rosadas.*

TELON LENTO



Novedades Teatrales de la Quincena

En esta sección insertaremos todas las obras de teatro que se publiquen ó lleguen de Europa á fin de que nuestros lectores esten al corriente de todas las obras que aparezcan impresas.

- Del Arrabal** sainete en un acto. Estrenado en el Teatro Apolo en Agosto de 1911.
por *A. Gornati y R. Nosiglia*. \$ 0.50
(5º número de "Nuestro Teatro")
- Un Buen Negocio** comedia social en dos actos y en prosa. Estrenado en el Teatro Apolo en Mayo de 1909.
por *Florencio Sánchez*. \$ 0.50
(6º número de "Nuestro Teatro")
- Flores de Trapo** drama en un acto. Estrenado en el Teatro Marconi en Septiembre de 1913.
por *A. Lenti Bianchi*. \$ 0.50
(7º número de "Nuestro Teatro")
- La Chica de la Fonda** comedia en tres actos. Estrenada en el Teatro Nacional de Montevideo en Septiembre de 1913.
por *Miguel Buranelli*. \$ 0.50
(8º número de "Nuestro Teatro")
- Cleonice** comedia en dos actos.
por *Roberto Dupuy de Lome y Antonio Pérez Pintor*. \$ 1.00
- Maria Antonieta** (Reina de Francia) drama en seis actos.
por *P. Giacometti*. \$ 1.00
- Judith** tragedia biblica en tres actos.
por *F. Villaespesa*. \$ 2.00
- El Rey Galaor** tragedia en tres actos.
por *F. Villaespesa*. \$ 2.00
- Daniel** drama en cuatro actos.
por *Joaquin Dicenta*. \$ 1.00
- La apuesta de Don Juan Tenorio** drama en seis actos.
por *Gonzalo Jover*. \$ 1.00
- El Conde de Monte cristo** drama en un prologo y cinco actos.
por *A. Dumas (padre)*. \$ 1.00
- Nadie más Fuerte que Sherlock Holmes** (2º. parte de la captura de Raffles) Melodrama en seis actos.
por *Luis Millá y Guillermo X. Roura*. \$ 1.00
- La Viuda Alegre** opereta en tres actos
por *León Stein*. \$ 1.00
- La niña Boba** comedia en tres actos,
por *Lope de Vega*. \$ 1.00
- Pecado de Juventud** drama en siete actos.
por *José Artis*. \$ 1.00

- La Santa** drama en tres actos.
por *Eugenio Gerardo Lopez*. \$ 1.00
- Lucha Salvaje** drama en dos actos y tres cuadros.
por *F. Lema*. \$ 0.50
- Sor Teresa ó el Claustro del Mundo** drama en cinco actos.
por *E. Vidal y Valenciano*. \$ 1.00
- La Canción del Náufrago** drama lirico en tres actos dividido en cinco cuadros.
por *Arnichez y Fernandez*. \$ 0.50
- Los pastores** comedia en dos actos.
por *Martínez Sierra*. \$ 2.00
- El Carretero** dialogo en verso
por *Eduardo Leloutre*. \$ 0.30
- El Montaraz** monologo dramático
por *Eduardo Leloutre*. \$ 0.30
- Rozas** (episodios de la tiranía) drama en tres actos y cinco cuadros.
por *Victorio Silva*. \$ 0.50
- Jacinta** comedia dramática en un acto.
por *Alberto Novion*. \$ 0.30
- Pero Alguien desbarató la fiesta...** drama en un acto.
por *Luis Marsolleau*. \$ 0.30
- Corazon Criollo** drama en un acto y tres cuadros.
por *José M. Braña*. \$ 0.50
- Por un cambio** comedia en un acto.
por *Martin Urquiola (hijo)*. \$ 0.50
- El pago de una deuda** tragedia en dos actos
por *Silverio Manco*. \$ 0.50
- El derecho de vivir** esbozo de tragedia en un acto.
por *Silverio Manco*. \$ 0.50
- La moral de Casimiro ó Kara dura y Compañía** pochade en un acto.
por *Francisco Collazo*. \$ 0.30
- El Teniente Cura.** Juguete cómico en un acto. Por *Gil y Romea*. 0.30
- El Acabose.** Juguete cómico en un acto.
por *Elio Galio*. 0.20
- Noche de Garufa.** Sainete en un acto
por *J. A. Saldias*. 0.30
- Nuestra Señora de París.** Drama en ocho actos por *Victor Hugo*. 1.00
- Huyendo del Nido.** Juguete en tres actos por *Godo Arroyo*. 1.00
- El Doctor Paparulo.** Bufonada lirica por *Ricardo Capenberg*. 0.30
- Ruega por Nosotros.** Boceto dramático por *Pedro E. Pico*. 0.30

Estas obras pueden pedirse a nuestra administración acompañando además del importe el franqueo y más 12 centavos para el certificado.

Obras de Teatro Publicadas por la casa B. FUEYO

TALCAHUANO 429 - Buenos Aires



- Iglesias (Ignacio)** La Madre Eterna. Drama social, 3 actos (agotada)
Juventud. Drama social en 1 acto.
- Clemente (Jorge San)**. Germinal. Tragedia social-historica en tres
actos y en verso.
- Rey (Miguel)**. ¿Dónde está Dios? Monólogo anti-clerical.
- Gonzalez de Castro**. ¡Al fondo!... ¡Al Fondo!... Drama en 1 acto.
Final de una tragedia. Drama en 1 acto.
- Gonsé**. ¡Criminal! Monólogo dramático-social.
- Grijalvo (Alfonso)**. Héroe Ignorado. Monólogo en verso.
Huelga en el cielo. Extravagancia cómica, 1 acto
- P. de Lidia**. "Fin de fiesta. Drama en 1 acto
- Dicenta (Joaquín)** El león de bronce. Monólogo en un acto
- Sánchez (Florencio)** Marta Gruni. Sainete en 1 acto
- Pico (Pedro E.)** Para eso paga...! Boceto dramático en 1 acto
La única fuerza. Drama en 3 actos.
- Laçhevetière (Delisle de)**. Arlequin el salvaje. Comedia en 3 actos
- Roba (Juan de)**. El defensor de su honra. Melodrama en 3 actos.
- Bracco (Pedro)**. Don Pedro Caruso. Drama en 1 acto,
- Rusiñol (Santiago)**. El místico. Drama en cuatro actos.
- Gori (Pedro)**. Primero de Mayo. Drama en 1 acto. (agotada)
- Abati y Díaz (Joaquín)**. Entre doctores. Juguete cómico en 1 acto.
- Larra (Mariano de)** También la gente del pueblo... Diálogo en 1 acto.
- Corzo y Barrera (Antonio)**. Las dos joyas de la casa. Juguete
cómico en un acto.
- Silva (Dante)**. Los mártires. Drama social en 1 acto. (2.a edición)
- Fag Libert**. El atentado. Monólogo satírico. (2.a edición)
- Salaverri (Vicente A.)** La mala vida. Drama en 1 acto.
- Havaux (Arturo)**. Los malos doctores. Drama en 1 acto.
- Locascio (Santiago)**. La fiesta del trabajo. Boceto teatral en 1 acto
Irma. Episodio dramático en 5 cuadros y un
" " prólogo.
El condenado á muerte. Diálogo en un acto,
- Peréyra y Cordon Avellan**. La Virgen Roja. Drama en 3 actos.
- Gil y Romea**. El Teniente Cura Juguete cómico en un acto.
- Torres y Brotons**. Sin Patria. Diálogo en 1 acto.
- Galio (Élio.)** El Acabose. Juguete cómico en un acto.

Obras publicadas en "NUESTRO TEATRO"

- Nº 1 **Vacarezza (Alberto)**. Los Escrushantes. Sainete en un acto
- » 2 **Salís (Aiberto)**. En Bruto. Boceto de comedia en un acto
- » 3 **Palermo J. F.** El Amuro. Entremés malevo en un acto
- » 4 **Cappenberg (Ricardo)**. La Pobre Vieja. Sainete en un acto
- » 5 **Gornati y Nosiglia**. Del Arrabal. Sainete en un acto
- » 6 **Sánchez (Florencio)** Un Buen Negocio. Comedia en 2 actos

EN P R E N S A

- Locascio (Santiago)**. Instructoria. Comedia un acto
Gigolette. Sainete trágico en 1 acto y 3 cuadros
- Gino (Mario)**. La Canalla. Drama en un acto.
- Ovidi Rómulo**. Hambre. Boceto en un acto.



Venta permanente de Máquinas
de Escribir de Ocasión
Talcahuano 429 * Buenos Aires

"INFANCIA"

Publicación Mensual para la Educación
Racional de la Infancia
YATAY 45 —::— Montevideo

"La Escuela Popular"

Revista Mensual
Órgano de la Liga de Educación Racionalista
ALSINA 1565 — Buenos Aires

"SALUD Y FUERZA"

Revista Mensual
de Propaganda Neo-malthusiana
Suscripción anual \$ 1.50
TALCAHUANO 429 — Buenos Aires



Zapateria "BELGRANO"

— DE —

Rafael Bucale

SURTIDO ESPECIAL EN CALZADO PARA
HOMBRES, SEÑORAS y NIÑOS
a PRECIOS MÓDICOS

BELGRANO 2583 — Buenos Aires

LA IMPARCIAL CARPINTERIA de OBRA
Instalaciones y Muebles

— DE —

PELEGRIN POY

B. de IRIGOYEN 1262 :::: Buenos Aires
U. T. 278 (Buen Orden)

"LA ZINCOGRÁFICA"

Taller de Fotograbados y Dibujos

Helvecio Franzoni

ALSINA 1864 —::— Buenos Aires
Coop. Telef. 2232, Central

Hotel del Sud

— DE —

Ramón Güimil

Esta casa está situada frente al F. C. Sud
y con tranvías

para cualquier punto de la Capital

Buenas comodidades para
Familias y hombres solos.

Piezas amuebladas de 2, 3 y 4 pesos

Pensión desde 2 pesos por día

1901 - L I M A - 1901 — Buenos Aires

"EL DETECTIVE"

¡OJO! - ¡EXCEPCIONAL!! - ¡OJO!

El presente CUPON
es de un valor de 10 \$ m/n

Si es Vd. aficionado á las
carreras no pierda Vd. la
gran oportunidad que se
le ofrece, corte este cupón
remítalo acompañado de
0.50 centavos en estam-
pillas y se le remitiran a
vuelta de correo 3 datos
en fija para las reuniones
a efectuarse en el Hipó-
dromo Argentino :::

Estos datos son exactos á los que
vende **El Detective** á \$ 10 el sobre
Rojo según avisos que publica en los
diarios de la República Argentina.—

Dirijase por carta administrador
El Detective TALCAHUANO 429 Bs. As.

REGISTRO DE CONTRATOS
CIVILES, COMERCIALES, DE MARINA
Y DE LA PROVINCIA

ESCRIBANOS:

Pío D. Rotondaro, Antonio R. Zuñiga
Enrique F. Didiego
y Vicente S. Facio

25 DE MAYO 175 :: U. T. 3992, Avenida
BUENOS AIRES

Dr. Antonio Busco

ABOGADO

URUGUAY 387 — Buenos Aires

José Speroni

PINTOR :: RETRATOS Y DECORACIONES

Dnal. 11, N° 73 La Plata

Emilio Andina

ESCULTOR ESTATUARIO

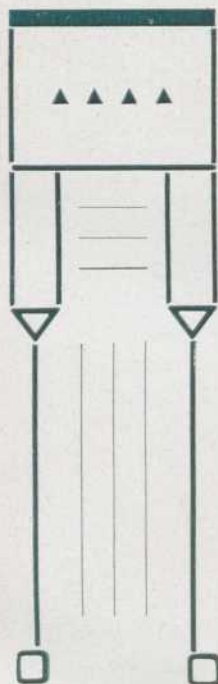
Atacama 1474 Buenos Aires

IMPRENTA, LIBRERÍA y PAPELERÍA

— DE —

BAUTISTA FUEYO

Talcahuano 429 — BUENOS AIRES — Talcahuano 429



— TARJETAS DE VISITA Y COMERCIALES, —
PARTICIPACIONES DE ENLACE, CUENTAS,
PAPEL DE CARTA, TALONARIOS, CIRCULA-
RES, REVISTAS, FOLLETOS Y TODA CLASE
— DE TRABAJO TIPOGRÁFICO —

ENCUADERNACIÓN y SELLOS de GOMA

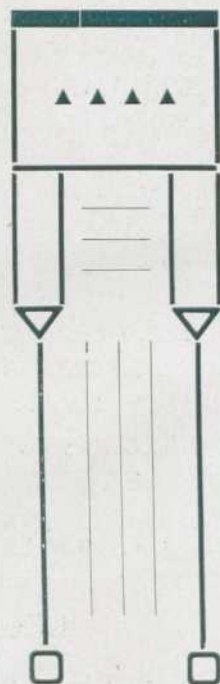
— CASA IMPORTADORA y EDITORA —

UTILES de COLEGIO y ARTICULOS de ESCRITORIO

GRAN SURTIDO EN POSTALES —
— DE ALTAS NOVEDADES —

LA CASA MAS SURTIDA EN OBRAS TEATRALES

PIDASE CATÁLOGO GRATIS



Precio del ejemp 0.20 Interior 0.30



NUESTRO TEATRO

Revista Quincenal de Crítica y Producciones Teatrales

Dirección y Administración: TALCAHUANO 429

AÑO I

Buenos Aires, Febrero 1º de 1914

Núm. 9





Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
		3.2